SALAMANCA EN LOS ESCRITORES FRANCESES (1531-1813)

MANUELA SAN MIGUEL

Cuando se leen las descripciones de Salamanca por los viajeros franceses contemporáneos, desde Davilliers a Lucas-Dubreton, es fácil comprender que la visión directa de la ciudad se halla precedida de unas expectativas a las que no es ajeno su glorioso pasado. De hecho, no es Salamanca, como muchas otras, un alto en la ruta hacia otros destinos, sino meta de viaje por sí misma, como señalaba Suon, hace ochenta años, encontrando uno de sus mayores atractivos en este distanciamiento soñoliento que hace tanto más deseable el incómodo servicio de ferrocarril.

Editado, precisamente, por las compañías de ferrocarril de Orléans y del Midi, un folleto turístico de la época —1912— hacía de Salamanca peregrinaje inevitable para todo los amigos de lo Bello, aún a costa de desviarse del recorrido previsto. Pese a lo escueto de la publicación —32 páginas magníficamente ilustradas por Saurel—, pocas relaciones de viaje han atinado a expresar el encanto de Salamanca mejor que estas notas de viaje en las que J. Causse describe una de las ciudades, a su juicio, más cautivadoras de España, completamente impregnada de la poesía del pasado e inspiradora de tantas obras descriptivas y novelescas.

Acierta de lleno el autor cuando hace hincapié en esa fortuna literaria que ha gozado la ciudad y que ha contribuido de manera tan notable a forjar la imagen de Salamanca. Pero aún hay algo más que hace a la ciudad del Tormes de imborrable recuerdo y en ello incide Causse, cuando recomienda a los viajeros en busca de emociones históricas contemplar a las puertas de la ciudad el teatro de la famosa batalla de los Arapiles. En efecto, es raro el viajero francés contemporáneo que no alude al paso de las tropas napoleónicas por nuestro suelo. Así, Lucas-Dubreton recuerda que Salamanca no se impone a la memoria tan sólo por la grandeza de sus tradiciones, para exclamar a renglón seguido: ¡Qué de sangre desparramada por esta tierra a comienzos del siglo pasado!

Por todo lo que antecede, a la hora de diseñar nuestro trabajo nos hemos inpuesto dos premisas:

En primer lugar, si queremos trazar las coordenadas de la imagen francesa de Salamanca, no podemos limitarnos a los testimonios directos —diarios, memorias, relaciones de viaje— sino que debemos confrontar-los con la obra de creación literaria que tanto ha contribuido a arraigar la imagen de nuestra ciudad en las mentes franceses, hasta el punto de que hace muy pocos años, con el renacimiento de la novela histórica, se publicaba en el país vecino L'Orphellin de Salamanque, una versión más de nuestro entrañabe Lazarillo.

En segundo lugar, a la hora de poner cotas a nuestro trabajo, se nos presentaba como punto de partida inevitable el siglo XVI, marco no sólo del primer viaje francés a nuestra ciudad del que hemos encontrado testimonio escrito, sino también de la época de mayor esplendor universitario. Pero ¿dónde concluir nuestro estudio?...

El adentrarnos en la época romántica, con su afán por los viajes, nos llevaría indefectiblemente a rebasar los restringidos límites de un artículo de revista. Pero el tratar de la época de la dominación francesa, que, como hemos señalado, marcó tan significativamente nuestro suelo, se nos antoja inexcusable. Decidimosn pues, concluir poco antes de que Hugo inmortalizase nuestra ciudad en una de sus célebres *Orientales*:

Salamanque en riant s'assied sur trois collines s'endort au son des mandolines et s'éveille en sursaut au cri des écoliers De entre los viajeros franceses que han dejado constancia escrita de su paso por Salamanca, el primero del que tenemos referencia fue el hermano Claudio de Bronseval, cisterciense, que acompañó como secretario a don Edeme de Saulieu, abad de Clairvaux, en la larga visita regular que efectuó, entre 1531 y 1533, a los monasterios de la península ibérica. La visita, encomendada por el capítulo general de la orden, tenía como misiones no sólo la de reformar las abadías, sino la harto difícil de impedir que la congregación autónoma de Castilla continuase anexionándose monasterios.

Fray Claudio llevaba un diario de viaje en el que anotaba las etapas, describía el estado espiritual y material de las abadías y comentaba las características del camino y las ciudades y pueblos que atravesaban. El interés de tal relación es tanto mayor cuanto que el abad y su cortejo debían apartarse a menudo de las vías frecuentadas, para visitar monasterios situados en regiones recónditas de España y Portugal que otros viajeros ignoraron por completo.

El manuscrito de la relación de Fray Claudio, titulado por él *Incipit peregrinatio hispanica*, ignorado por los autores de bibliografías sobre viajes a España, se conservó inicialmente en la abadía de Clairvaux. En 1790 se encontraba en Morimond, cuando las órdenes religiosas fueron suprimidas, y así el manuscrito pasó a los archivos departamentales del Alto-Marne. En 1832 fue adquirido al peso, junto a otros legajos, por el archivero Emilio Jolibois, quien propuso su traducción y publicación a la Real Academia de la Historia de Madrid, no hallando eco su iniciativa. Un nieto suyo lo regaló a Marcel Bataillon, que lo dió a conocer en 1949¹, encargando su traducción al francés, con introducción y notas, al monje cisterciense Don Maur Cocheril; éste la llevó a cabo con el apoyo de la Fundación Calouste Gulbenkian, publicándola en 1970².

Comenzaron los monjes su visita por Monserrat, que, sin embargo, no se hallaba bajo su jurisdicción, dirigiéndose desde allí a Valencia y

BATAILLON, M.: Un itinéraire cistercien à travers l'Espagne et le Portugal du XVI siècle (1531-1533) in Mélanges d'etudes portugaises offerts a M. Georges Le Gentil, Lisbonne-Paris, 1949, pp. 33-60.

² BRONSEVAL, F.C. de: Peregrinatio Hispanica, Presses Universitaires de France, París, 1970.

después, atravesando La Mancha, a Medina del Campo, donde fueron recibidos por la emperatriz Isabel y por el Consejo de Castilla, que sólo los facultó para la visita de las abadías que no perteneciesen a la congregación autónoma. En consecuencia partieron para Compostela, bajando después hasta Lisboa. Allí, gracias en parte a la intercesión del Vicerrector de la Universidad de Lisboa, don Pedro Margalho, que antes había ocupado una cátedra de filosofía moral en el Colegio Viejo de Salamanca, consiguieron, pese a la oposición del Cardenal-Infante, don Alfonso, licencia para visitar el monasterio de Alcobaca, el más importante de Portugal, a cuvo frente se hallaba un monie negro de la congregación benedictina reformada de Castilla, Fray Antonio de Sá, antiguo prior del salmantino colegio de San Vicente, que había venido con dos de sus compañeros con intención de reformar el monasterio, sembrándolo, en cambio, de jóvenes maestros en ignorancia. En consecuencia y por encargo del rey don Joao, tuvo que partir el abad de Clairvaux hacia el Monasterio de Piedra para traer monjes que pudiesen llevar a cabo una auténtica reforma. Pero antes efectuó una visita de los monasterios del Norte de Portugal, algunos de los cuales se hallaban muy relajados, llegando hasta la frontera de Galicia.

Habiendo partido de Évora el 15 de marzo de 1532, los monjes se dirigieron por Badajoz y Toledo hacia Alcalá de Henares, donde visitaron el Colegio de San Bernardo que los monjes trienales acababan de fundar por traslado desde Salamanca³. Después, tras recoger a seis monjes en el Monasterio de Piedra, volvieron el 19 de julio a Alcobaça, permaneciendo allí muy poco tiempo, pues dom Edme debió partir el 28 hacia España para encontrarse con el emperador, saliendo trece días después fray Claudio, que, por Badajoz, Aldeanueva del Camino y Baños, llegaba el 22 de agosto a La Calzada de Béjar. Al día siguiente, pasando por Endrinal y Frades, pernoctaban en Siete Iglesias, donde fueron mal alojados y mal servidos, y el 24 se encontraban oyendo misa en la Catedral de Salamanca. A diferencia de Münzer⁴ que visitaba la

⁴ MUNZER, H.: *Itinerarium Hispanicum*, Revue Hispanique, XLVIII, 1920, pp. 1-178; Trad. espñ. Boletín Real Academia Historia, LXXXIV, 1924, pp. 236-346.

³ De este colegio a que alude Bronseval, no hemos podido constatar su existencia en ninguna de las historias de Salamanca a nuestro alcance.

ciudad pocos años antes, extendiéndose en elogios sobre el templo catedralicio, la Universidad y el colegio Viejo, Bronseval se mostró poco impresionado por Salamanca:

> Llegamos a la ciudad de Salamanca cerca de la cual corre un río muy importante en invierno que se franquea sobre un puente de cuatrocientos pies de longitud. Salamanca se halla construida sobre una colina y es muy célebre en todas las ciudades de Castilla a causa de su facultad de Teología. Esta ciudad es pequeña y muy banal por sus edificios⁵.

Probablemente influiría en la escasa valoración que hace el monje de nuestra ciudad, el apresuramiento con que se dirigía a juntarse con su abad, ya que no habiéndose aún fundado los monasterios cistercienses de San Bernardo y del Jesús, ni el Colegio de Nuestra Señora de Loreto⁶ y perteneciendo a los *monjes negros* el monasterio de San Vicente, ni siquiera llegó a pernoctar en Salamanca, haciéndolo en El Pedroso, donde reposaron convenientemente, siendo la posadera *bastante amable*.

Tras alcanzar en Burgos a dom Edme, que, con ayuda de un intérprete tomado en la universidad de Salamanca, trataba de solucionar las querellas e intrigas de La Real de las Huelgas, los monjes se desplazaron a Monzón donde se hallaba el emperador reunido con los Estados Generales. Pero, pese a haber obtenido el permiso imperial para visitar todas las abadías del reino, habiéndose corrido el rumor que Carlos V no volvía a Castilla, los monjes regresaron a Francia.

SIGLO XVII

Parco fue el XVI en viajeros franceses a España, o, al menos, si los hubo, no han llegado hasta nosotros sus relaciones de viajes. No puede decirse otro tanto del XVII, inaugurado, quizás, por Monseñor Boucherat, abad general del císter, que visitó nuestro país en 1603 con el propósito de realizar la misión que no había podido llevar a cabo de Saulieu,

BRONSEVAL, F.C. de: Op. cit.m t. 2, p. 677.
 El Monasterio de San Bernardo, de varones, fue fundado por Fray Marcos de Villanueva en
 1580. Adjunto a él se hallaba el colegio de Loreto. El monasterio del Jesús, de mujeres, fue fundado por D. Francisco de Herrera en 1542.

es decir, la visita de la Congregación autónoma de Castilla. No obtuvo para ello permiso del rey don Felipe III, por lo que debió regresar a Francia; no así Bartolomé de Joly, que le acompañaba, y que ha dejado testimonio de su periplo, que llega hasta Valladolid, donde por entonces residía la corte. Pese a la proximidad, no se acercó hasta Salamanca, de lo cual quizás debamos los salmantinos congratularnos, ya que Joly, hombre apasionado, presenta un retrato de España sumamente descarnado, enfocado desde la luz de sus prejuicios⁷.

A este primer viaje siguieron otros muchos, fomentados sin duda por la política de matrimonios regios entre las casas de Borbón y Austria —Luis XIII y ana de Austria, Isabel de Borbón y el futuro Felipe IV, Luis XVI y María Teresa, María Luisa de Orleans y Carlos II— que venían a sellar los interregnos de paz en la constante beligerancia entre Francia y España.

Por más que escueta, jugosa es la referencia que a Salamanca hace el autor anónimo de la *Relation d'un voyage en Espagne*, datada en 1612, cuyo manuscrito se guarda en la Biblioteca de Rouen y que fue publicada, bajo el seudónimo de Charles Claverie, por Foulché-Delbosch en 1923 en la *Revue Hispanique*⁸.

A enuiron deux journées et demie de Vagliadolid est a main gauche Salamanque l'une des plus celebres villes d'Espagne pour son université qui emporte le pris sur toutes les autres en excellents docteurs et professeurs en toutes sciences et surtout en theologie, jurisprudence et medecine et en grand nombre d'escolliers qui y viennent etudier, non seulement de tous costez d'Espagne, mais des pays estrangers mesmes. Il y auoit autreffois la memorable cueua ou cauerne où ilz disent que les magiciens alloient estudier soubz un demon qui les enseignait en la magie, mais Ysabelle, royne d'Espagne fit fermer cela. On dit qu'un marquis, grand magicien, estoit sorty de cette escolle du temps du roy Jan II°.

Se hace, así, eco el viajero anónimo de los dos saberes que en los siglos clásicos afamaron a Salamanca; es decir, no sólo el saber oficial, expuesto en la Universidad y en los Colegios, sino el saber oculto, hete-

9 Ibid, p. 540.

Viaje hecho por M. Bartolomé Joly in GARCIA MERCADAL, J.: Viajes de extranjeros por España y Portugal 3 vols., Aguilar, Madrid, 1952-1962 (en adelante citaremos MERCADAL). II, pp. 45-126.
 Relation d'un voyage en Espagne, Revue Hispanique, LIX, pp. 359-555.

rodoxo, nigromántico, cobijado en la célebre cueva y que, remontándose a la antigüedad, podría haber dado origen al nombre de Salamanca. Respondería éste a una etimología helénica, como señala en su *Tesoro de la lengua castellana* (1611) Covarrubias 10 — a quien precisamente hace mención al autor de la *Relation*— aún considerándolo fábula. No era de la misma opinión Pedro Ciruelo, que enseñó en Salamanca y La Sorbona, quien en su *Reprobación de supersticiones y hechicerías* (1538) dice:

Aquella arte en tiempos pasados se ejercitó en nuestra España que es de la misma constelación de la Persia, mayormente en Toledo y Salamanca¹¹.

Historia o mito, lo cierto es que la cueva de San Cebrián o Ciprián alcanzó grande fortuna literaria. Ya aludía a ella en 1464 Raoul Le Feure en su *Recueil des Histoires de Troie*, atribuyendo su fundación al propio Hércules, quien

fist faire en terre un tres grand trou en maniere destude et y mist les sept arts liberaulx avec plusieurs aultres liures y fist venir ceulx du pays estudyer¹².

La existencia de la cueva fue reconocida por el viajero Münzer en 1494, identificándola con un antiguo antro sibilino y atribuyendo, sin embargo, a patrañas del vulgo las supuestas prácticas nigrománticas. En cambio el Padre Martín del Río en sus *Disquisitionum magicarum* (1600) atestigua el magisterio público de las artes demoníacas, tras la expansión sarracena en Toledo, Sevilla y Salamanca, a la vez que da cuenta de su visita a la cueva profundísima, reliquia de tan nefanda Academia, clausurada cien años antes por Isabel la Católica¹³.

Nuestro viajero anónimo en su *Relation* no sólo hace referencia a tal clausura sino que relaciona la cueva con el Marqués de Villena, que, desde Diego Pérez de Mesa a Juan Ruiz de Alarcón y Rojas Zorrilla¹⁴,

COVARRUBIAS Y OROZCO, S.: Tesoro de la Lengua Castellana, Madrid, 1977, p. 921.

SANCHEZ CIRUELO, P.: Reprobación de supersticiones y hechicerías, parte II, cap. I, 17, Salamanca, 1538.

cit. por CORTES, L.: Salamanca en la Literatura, Gremio de Libreros, Salamanca, 1972, p. 57. cit. por CORTES, L.: La vida estudiantil en la Salamanca clásica, Universidad de Salamanca, p. 42.

PÉREZ DE MESA, D.: Libro de las grandezas y cosas memorables de España, 1595; RUIZ DE ALARCON, J.: La Cueva de Salamanca, 1628; ROJAS ZORRILLA, F.: Lo que quería ver el marqués de Villena, 1645.

unirá su renombre a las prácticas hechiceriles de la salmanticense gruta, de manera tan perdurable que aún dará singulares frutos en la literatura romántica.

Pese a que coincidiese su viaje con la época de mayor renombre de la nigromántica cueva, no fue ésta sino la gloria de la Universidad, en la que siempre hay cuatro o cinco mil estudiantes de diferentes naciones, la que atrajo a Salamanca en 1628 al joven lyonés Balthasar de Monconys, que ocupó después diversos cargos en la corte francesa y recogió la relación de sus viajes por Europa y Oriente en un Journal de Voyages¹⁵ que sería publicado en Lyon por Horace Boissat en 1665.

De su paso por la ciudad, en la que encontró el joven Monconys muy poco comercio, pero numerosa nobleza, ha dejado en su relación cumplida referencia. Aunque de sus casas señala que no tienen nada fuera de lo común, admira sin ambages sus espléndidos monumentos: San Esteban, con la lapidación del santo labrada en el pórtico, tan bien becha que parece que se le ve mover; el convento de San Francisco, con su claustro soberbio; el de San Bernardo, con su hermosa cúpula toda pintada y dorada y su escalinata con gradas de cinco pasos de largo, que parecen ser sostenidas en el aire; la catedral nueva, aunque no concluida, una de las más hermosas construcciones de España; la Vieja, muy antigua y venerada, a causa del Santo Cristo de las Batallas, de la que admira ante todo una obra maestra, el cuadro de San Miguel sito en el claustro.

Habiendo llegado a Salamanca el viajero dos años después de la crecida de San Policarpo, refiere la destrucción del *hermosísimo puente*, que afectó, sobre todo, a la parte construida poco tiempo antes, aludiendo naturalmente a la llamada *puente nueva*, reconstruida dos siglos antes y que, en efecto, fue arrasada por las aguas. También se hace eco de la destrucción de más de doscientas casas —quedándose corto en la estimación, pues según testimonios de la época serían más de cuatrocientas cincuenta ¹⁶— y

Noticias y documentos relativos a la crecida de San Policarpo, in VILLAR Y MACIAS, M.: Historia de Salamanca, libro 7, Graficesa, Salamanca, pp. 143-155.

MONCONYS, B.: Journal de voyages, Boissat, Lyon, 1675-76, 4.* ed., pp. 14-27, in MAJADA, J.; MARTÍN, J.: Viajeros extranjeros en Salamanca, Centro de Estudios Salmantinos, Salamanca, 1988, pp. 107-111.

del ahogamiento de numerosas personas, entre ellas más de trescientos estudiantes, dato que, aunque no contrastado, no carece de interés.

Como era de esperar, la Universidad es lo que más atrae la atención del viajero, no sólo en lo que se refiere a sus aspectos externos —la biblioteca, muy grande y bella; la portada, de la que señala no haber visto nada tan hermoso en España— sino también en cuanto a la organización, el número de profesores y los privilegios de los alumnos, que hacen de ella la primera del mundo. Así, se admira Monconys de que el estudiante que hubiese cometido un asesinato, aun fuera de la ciudad, no reconoce otro juez que el de la Universidad, a la que debe ser conducido. En cambio, en el pasivo, no deja de lamentar que los estudiantes, no sabiendo hablar ni siquiera entender el latín, obligan a los profesores a explicar las lecciones en lengua vulgar y que la mayoría de los de Leyes o Cánones no saben lo que es filosofía y son incapaces de dar forma a un argumento.

Para completar el cuadro, no se olvida el lyonés de referirse a los cuatro colegios *llamados mayores en razón de las personas principales que los habitan* y de los que salen los más grandes hombres de España.

De la Universidad y los estudiantes salmanticenses también se ocupó François Bertaut, señor de Fréauville, que acompañó al marical Grammont, cuando éste, como consecuencia del tratado de los Pirineos, debió desplazarse a Madrid para pedir para Luis XIV la mano de la infanta María Teresa de Austria. De su viaje dejó Bertaut varias relaciones: la Relation du voyage en Espagne conoció dos ediciones en París, en 1664, y una tercera, sin indicación de lugar, en 1665; la Relación del Estado y Gobierno de España fue editada en Colonia dos veces, en 1666 y 1667; el Diario del viaje de España se editó en París dos veces en 1665, por Billaine y Thierry, inluyendo la relación sobre el Estado de España. Así, no sólo refiere Bertaut con soltura las incidencias de su periplo y las curiosidades y bellezas del itinerario, sino que proporciona noticias referentes a la Corte, los Consejos, la nobleza, el clero, el gobierno de la nación, etc.

Comenzó el viaje del Señor de Fréauville en la Isla de los Faisanes, de donde se trasladó a Pamplona y desde allí a Muruzubal para juntarse con un estudiante, sobrino del difunto obispo de Calahorra, que había sido colegial en el colegio de San Bartolomé y con el que se proponía Bertaut hacer el camino hasta Salamanca. Después de pernoctar se dirigieron los viajeros a Logroño y Burgos. Allí alcanzaron al mariscal que se apresuraba a alcanzar Madrid, por lo que debió Bertaut renunciar al intinerario proyectado y despedirse de su estudiante. Tras ver cumplida su misión en la Corte, el señor de Fréauville, en lugar de retornar a su país, se juntó con otros cuatro famosos franceses para salir el 30 de octubre de 1659, hacia Andalucía. De nuevo en Madrid, emprendió el viaje de regreso a Francia el 21 de diciembre, pasando por la ciudad del Pisuerga.

No vió cumplido, pues, Bertaut su proyecto inicial de visitar Salamanca, aunque pudo obtener noticias de su vida académica a través del colegial navarro y de un amigo de éste, licenciado —del que no habla en el *Diario* sino en la relación sobre el *Estado de España*— que también se dirigía a la ciudad del Tormes. Tratando sobre cómo se llega a la judicatura refiere el señor de Fréauville, un tanto confusamente, lo que aprendió sobre los estudios de leyes —que requieren cuatro años para ser recibido bachiller, después de haber estudiado las Humanidades y la Filosofía— y, sobre todo, de las oposiciones a plazas de colegiales o cátedras.

En cada colegio hay un cierto número de cátedras y un cierto número de plazas de colegiales, como por ejemplo, en el colegio de San Bartolomé, de Salamanca, del que éste era, había catorce (...) Para ser recibidos en esas plazas es preciso hacer varios actos y disputar contra sus iguales que pretenden la misma cosa; por eso es por lo que llaman a eso oposición.

Hay también, por ejemplo, que haber enseñado un año algún tratado de Derecho en alguna cátedra. Por eso es por lo que hacen también una oposición y enconces es llamado catedrático, que es un grado por encima del de colegial. Más para eso el dinero y el favor dominan muy a menudo al mérito, y todos esos libros de sátira que corren por España están llenos de burlas que se hacen, de donde viene que esos dos estudiantes me dijeron que no podían ser recibidos en esas plazas sino con mucho dinero, y me parece que me dijeron dos, tres o cuatro mil ducados¹⁷.

También se refiere a los colegios, aunque con una visión más aséptica, A. Jouvin, que publicó en París en 1672, en casa del editor Thierry, una obra en ocho volúmenes, titulada Le Voyageur de l'Europe, que incluye los viajes por Francia, Italia, Malta, Portugal y España; éste último, por su aspecto de guía, es considerado por Mercadal como un viaje ficticio, en apoyo de lo cual hablarían, quizás, algunas inexactitudes, como veremos a propósito de Salamanca. La opinión que sobre ésta vierte Jouvin no puede ser más halagüeña:

Salamanca es una de las grandes ciudades de España, recomendable por su Universidad, la primera del reino. Está en el mejor país del mundo, situada sobre la orilla del río Tormes, llena de grandes plazas, de hermosos edificios, de palacios, de fuentes, de hermosas iglesias y otros lugares públicos; sus calles son limpias y anchas, que la hacen de forma casi redonda¹⁸.

Sobre todas estas excelencias, destaca la plaza Mayor, la más grande de España, en la que ubica el Ayuntamiento y la iglesia de San Martín, lo que resulta cierto, ya que no se refiere Jouvin a la actual plaza, que data del XVIII, sino a la antigua, que recibía la denominación de la citada iglesia. En cambio, refiriéndose a la calle de la Rúa —una hermosa calle donde están establecidos los comerciantes más ricos de la ciudad—yerra al aludir a la casa de los jesuitas —donde hay tantas ventanas como días tiene el año— privándoles de colegio, toda vez que precisamente a tal fin fue fundada por los Reyes de España, en 1614, la magnífica casa que, inaugurándose en 1665, recibió el nombre del Colegio de Espíritu Santo.

Aunque también se confunde Jouvin al atribuir el hábito variopinto de los estudiantes que pueblan las calles de Salamanca al rango y grado académico, en lugar de al ropaje de su colegio, es de reseñar la descripción que de ellos hace, por lo pintoresca:

Si no han sido aún recibidos, van vestidos con un largo hábito negro a manera de capa, que recogen por encima de los brazos, retorciéndola a manera de dobladillo, que echan a la espalda por encima de su hombro para tener los brazos y las manos libres de las que se sirven al hablar, haciendo gestos y posturas para expresar más fuertemente sus movimientos¹⁹.

Termina Jouvin dando cuenta de su camino hacia Extremadura, la provincia más calurosa de España, pasando por Adeatejada, las Siete

JOUVIN, A.: El viaje de España y Portugal in MERCADAL, II, pp. 792-793.

Carreras —pequeño pueblo cuya no inclusión en los mapas da pie al viajero para lamentar la carencia e imperfección de nuestros mapas—
Landrina sic., Val de Fuentes, y dejando a la izquierda las sierras de Avila y el Pico y a la derecha Ciudad Rodrigo, una de las tres plazas de armas de los españoles. La proximidad del territorio a la frontera de Portugal supone para Jouvin la causa de la ruina de aquellos pueblos por las gentes de guerra que acuden allí a hacer su cuartel de invierno.

Si, en 1659, Grammont debió concertar el regio enlace de la infanta María Teresa, dos años después, el arzobispo de Embrun tuvo también que acudir a Madrid para negociar, primero, el pago de la dote y, más tarde, la devolución de ésta. En 1666, el prelado concedió un puesto en su embajada a su amigo y protegido, el sacerdote y teólogo Jean Muret. Este, que tuvo que retirarse al año siguiente, tras la invasión por Francia de los Paises Bajos, dejó unas Cartas desde Madrid, en las que si no se refiere directamente a la Universidad, sí al menos lo hace a uno de sus profesores y no con intención laudatoria precisamente. Criticando el cristianismo superficial y corrupto que cree advertir en España, censura particularmente el abuso que se hace de la bula, más útil, a su juicio, como papel de envolver que para tranquilizar la conciencia, opinión no compartida, como veremos, por nuestro claustro:

Las religiones más austeras no dejan de privarse de carne solamente en la Cuaresma, y los mínimos, los cuales en Francia no la comen, ni siquiera en sus más graves enfermedades, aquí con un simple cauterio obtienen ese privilegio. Ved la razón que me ha dado de eso un profesor de Salamanca y religioso:

O el papa —dijo— por la bula de la Cruzada, que nos continúa todos los años, mediante cierta suma, tiene poder para darnos ese privilegio, o no: decir que no lo tiene es ser hereje: por consecuencia quemable por el fuego de la Inquisición; y si lo tiene podemos comerla con toda seguridad de conciencia²⁰.

También fue una boda regia, la de Carlos II con María Luisa de Orleans, lo que trajo a nuestro país a una singular mujer, Marie Catherine Le Jumel de Barneville, baronesa de Aulnoy, que venía a juntarse con su madre, la marquesa de Gudannes. De su estancia en Madrid, entre 1679 y 1691, dejó la baronesa unas Memorias de la Corte de España, en

MURET, J.: Cartas escritas desde Madrid en 1666 y 1667, in MERCADAL, II. pp. 733.

las que se propone ofrecer a sus lectores ciertas particularidades que suelen gustar y distraer generalmente más que la misma historia²¹. Sin embargo no fueron las Memorias propiamente dichas las que situaron a Mme
d'Aulnoy en un lugar singular entre los autores de viajes a España, sino
su Relation du voyage en Espagne, que conoció ya antes del fin de siglo
tres ediciones en París, por Barbin, y otras tantas, en francés, en La
Haya. La Relation, dirigida al Duque de Chartres, se halla redactada en
forma de cartas a su prima, de las cuales las siete primeras marcan otros
tanto jalones del recorrido de la baronesa desde San Sebastián a Madrid;
en cuanto a las otras cuatro, constituyen un anecdotario de la Villa y
Corte. Si bien la autora no tuvo la ocasión en el curso de su viaje de
conocer personalmente Salamanca, a la que incluye entre las diez ciudades más bellas y ricas de España, alude a ella en diversas ocasiones, para
celebrar alguno de sus monumentos o instituciones. Así, al referirse alas
catedrales, señala:

la iglesia de León es la más hermosa de todas las de España; la iglesia de Toledo, la más rica; la de Sevilla, la más grande, y la de Salamanca, la más fuerte²².

Y, naturalmente, aludirá a la de Salamanca al hacer relación de las universidades más famosas de España.

No se llevan aquí los estudios muy adelante, y a poco que sepan, sacan partido de todo, porque el ingenio, unido a la seriedad exterior, les impide parecer apocados por su propia ignorancia. Cuando hablan, siempre parece que saben más de lo que dicen; y cuando se callan, parece que sean lo bastante sabios para revolver las más difíciles cuestiones. Sin embargo, hay en España universidades famosas, entre las cuales cuentan Zaragoza, Barcelona, Salamanca, Alcalá²³.

Alguna influencia tendría, sin duda, la reiterada alusión al estudiante de Salamanca en las relaciones de viajes sobre la fortuna literaria de que gozarían en Francia, a partir del XVII, el bachiller y el escolar salmanticenses, pero probablemente influiría más la traducción e imitación de nuestros clásicos, que si bien alcanzó proporciones notables en el siglo

LE JUMEL DE BARNEVILLE, M.C.: Memorias de la corte de España in MERCADAL, II. p. 1105.
 LE JUMEL DE BARNEVILLE, M.C.: Relación del viaje de España a su Alteza Real Monseñor el Duque de Chartres, in MERCADAL, II, p. 993.
 Ibid. p. 1092.

XVII, se inició ya en el XVI, en donde conocieron repetidas traducciones las dos obras que han ligado el nombre de Salamanca a las letras universales de un modo imperecedero. Así, si El Lazarillo de Tormes fue traducido al francés en 1561 y 1598, La Celestina²⁴ lo fue seis veces de 1527 a 1598. Análogamente fue traducido, en 1579, por Gabriel Chappvys, bajo el nombre de Hexameron, reeditado en 1582, 1683 y 1610, el Jardín de Flores curiosas de Antonio de Torquemada²⁵. Narra ésta última, que fue editada por primera vez en Salamanca en 1570, diversos episodios fantásticos de los que son protagonistas salmantinos. Uno de ellos, el del galán de monjas que asiste a su propio entierro, podría contarse entre las fuentes que inspiraron a Merimée Les âmes du Purgatoire²⁶.

Más sabrá el lector galo de los lances y peripecias de la vida estudiantil por la traducción en el XVII de la novela picaresca —El Guzmán de Alfarache en 1600 y 1620, el Marcos de Obregón en 1618, El Buscón en 1633— y las Novelas ejemplares. De éstas, El Licenciado Vidriera inmortalizará la sentencia: Salamanca que enhechiza la voluntad de volver a ella...²⁷ Precisamente fue la novela corta española la que influyó sobremanera en el desarrollo del realismo francés del siglo clásico, por la preocupación de veracidad que no se hallaba en otras formas literarias.

Mayor aún fue el influjo del teatro español sobre el arte dramático, que, utilizando temas españoles, viró de la Tragedia a la Tragi-comedia —que alcanzaría su máxima expresión con *Le Cid* de Pierre Corneille—y la Comedia, que ofrecía una visión placentera de la vida contemporánea. Ejerció el papel de iniciador en esta nueva orientación del teatro cómico, vuelto hacia la literatura española y, sobre todo, a la comedia de capa y espada, A. d'Ouville, que había vivido muchos años en España e hizo representar en 1639 *L'Esprit follet*, inspirada en Calderón. Riva-

²⁵ TORQUEMADA, A.: Jardín de Flores curiosas, Clásicos Castalia, Madrid, 1982.

Aunque en la tragicomedia no se explicita el lugar de la acción, el autor en su preámbulo ubica su creación en la ciudad del Tormes: Yo vi en Salamanca la obra presente (ROJAS, F.: La Celestina, Club Internacional del Libro, Bilbao, 1983, p. 24).

MERIMÉE, P.: Les Ames du Purgatoire in Nouvèlles complètes, t. 1, Livre de poche, París, 1964, pp. 207-178.
 CERVANTES, M.: El Licenciado Vidriera, Librería Cervantes, Salamanca, 1960, p. 23.

lizaron con él en esta moda de la comedia española Boisrobert, Scarron y Thomas Corneille, que coincidieron los tres en incluir en su repertorio una adaptación de la obra de Rojas Zorrilla Obligados y ofendidos y gorrón de Salamanca²⁸, comedia de enredo, en la que dos jóvenes — él conde de Belflor y el estudiante don Pedro— se hallan enamorados cada uno de la hermana del otro. Una compleja serie de circunstancias les enfrentan en repetidas ocasiones, de las que salen siempre ofendidos, pero, a la vez, obligados a servirse por caballerescos motivos de honor. Encerrando la obra elementos diversos, en la Jornada primera, por una carta de don Pedro, pero, sobre todo, por los parlamentos de Crispinillo — el capigorrón, es decir, el fámulo que le acompaña en sus estudios—, sabremos de la vida estudiantil de la Salamanca del Siglo de Oro; pero no la de aquéllos que, enfrascados en los libros y atentos a las lecciones, aguardan a recibir los grados, sino la de aquéllos otros que malgastando su tiempo en juegos, burlas y pendencias, han pasado a engrosar el contingente de la picaresca.

De las tres adaptaciones citadas, la de Boisrobert, Les Généreux Ennemis, es la que menos ha trascendido. En cuanto a Les Illustres Ennemis de Thomas Corneille, éste, encontrando demasiado brutal para el gusto francés el contraste entre las pinturas de un realismo familiar y las escenas del más elevado tono trágico, acude al teatro de Calderón para extraer de dos de sus comedias²⁹ los elementos que proporcionan a su obra una mayor unidad y un tono más elevado. Al mismo tiempo, suprime los juegos de palabras y las bufonerías de Crispinillo y, con ellos, precisamente la parte de comedia que a nosotros nos interesaba. En cambio, Scarron en L'Escolier de Salamanque ou Les Genereux ennemis sigue paso a paso la comedia de Rojas. Aunque reduce los parlamentos de Crispín, haciendo a éste más razonador y moralista, deja de ellos lo esencial para perfilar a su amo:

Il loge auecque fept goulous / Desbaucez comme luy, dans une chambre feule /.../ Ces huict bons efcoliers, ou pluftoft huict bandis, / Chomment les

²⁸ ROJAS ZORRILLA, F.: Obligados y ofendidos y gorrón de Salamanca, B.A.E., Madrid, 1952, pp. 61-82. Más tarde se inspirará en ésta MOLIERE para las escenas 3.º y 4.º del Acto 3.º de Don Juan que no contiene, sin embargo, ninguna alusión al estudiante de Salamanca (Nouveaux Classiques Larousse, París, 1971, pp. 67-73).

Samedis comme les vendredis. / Haiffent les leçons comme les Patefnostres, / Et ne font chaque iour que debaucher les autres³⁰.

Sabiendo destacar de él, junto a estos rasgos descarnados, los de un caballero español que ennoblecen el retrato:

Il eft officieux, ne refufe parfonne, / Il prefte fans regret, fans faire attendre donne, / Il eft fort ponctuel alors qu'il à promis, / Ciuil quoy que vaillant, & fait beaucoup d'amis / Au refte liberal autant qu'vn Alexandre³¹.

Uno de los principales méritos de Scarron es haber trasplantado de la comedia española a la escena francesa el personaje de Crispín, como prototipo de criado indolente, chocarrero y adulador, mitad bribón, mitad filósofo, que se perpetuará a través de Hauteroche, Poisson, Montfleury y La Tuillie, hasta Regnard y Le Sage³². Pero éste último no sólo aprovechará el personaje del criado en su *Crispin rivale de son maître*, sino los del Conde de Belflor y los de don Luis, Leonor y don Pedro de Céspedes para construir, con el enredo que los envuelve en las comedias de Rojas y Scarron, uno de los episodios de *Le Diable boiteux*³³.

SIGLO XVIII

Si Lesage muda a don Pedro de Céspedes de estudiante de Salamanca en estudiante de Alcalá, cifrará, en cambio, la máxima aspiración de su celebérrimo personaje, Gil Blas, en llegar a ser estudiante salmantino. De hecho la acción de *Gil Blas de Santillana* comienza cuando éste, haciendo el camino desde Oviedo a la ciudad del Tormes, encuentra

SCARRON, P.: L'Escolier de Salamanque ou les Genereux Ennemis, Antoine de Sommaville, París,

1655, pp. 11-12.

1655, pp. 11

³² HAUTEROCHE: Crispín filarmónico; POISON: El loco razonable; MONTFLEURY: Crispín gentilhombre; LA TUILLIE: Crispín preceptor; REGNARD: El heredero universal; LESAGE: Crispín rival de su amo.

³³ LE SAGE, A.R.: Histoire des amours du Comte de Belflor, et de Léonor de Cespèdes in Le Diable boiteux, Folio, Gallimard, París, 1984, pp. 53-94.

³⁰ Habita con siete glotones / libertinos como él, en un sólo cuarto /.../ Estos ocho buenos estudiantes, o mejor ocho bandidos, / gandulean los sábados al igual que los viernes. / Odian las lecciones tanto como los Paternoster, / y no hacen cada día más que corromper a los demás.

bajo una lápida una bolsa de cien ducados. Si para Gil Blas, después de mil peripecias, la Universidad de Salamanca continúa siendo una meta:

Voy a trocar mi vestido bordado por unas bayetas, me iré a Salamanca, me matricularé en la Universidad y me pondré a preceptor³⁴.

Para el fábulo Pedro Fabricio no es sino una locura meterse a cuistre en lo mejor de la vida:

Será preciso que te estés fingiendo y venciéndote continuamente, que afectes un exterior hipócrita y que parezcas un hombre adornado de todas las virtudes. 35.

Añadiendo que tratará de contribuir a que no se vayan a enterrar en una universidad *los talentos de un hombre como tú*. Aunque parte de la novela se desarrolla en Salamanca, entre los enredos de los sirvientes y las celestinescas artes de las posaderas, Gil Blas no llegará a ver colmada la ilusión de su vida: recibirse bachiller de Salamanca, grado que conseguirá, en cambio, sobradamente otro héroe de Lesage, don Querubín de la Ronda, protagonista de una de las obras de senectud: *Le Bachelier de Salamanque*, cuyo último título no implica coincidencia argumental con la pieza de teatro.

Don Querubín, hijo del secretario del Corregidor de Salamanca, habría tenido que interrumpir sus estudios a la muerte de su padre, de no haber sido por un doctor de la Universidad, lejano pariente suyo, gracias a cuyo sufragio, unido a un extraordinario talento para el ergo, adelantó tanto en la Universidad que en ella no se hablaba sino de don Querubín de la Ronda. Este, una vez recibido bachiller, emprendió una carrera de preceptor que le llevaría por todos los caminos de España, hasta que un día decidió mudar la ropa talar por la espada.

Si por el título de la novela esperábamos meternos de lleno en las peripecias estudiantiles de la Salamanca clásica, nuestras esperanzas no se verán colmadas, pues don Querubín no vuelve a *Roma, la chica* sino por breves instantes, para recuperar unos papeles. De cualquier forma, paseará con orgullo su título de bachiller por Salamanca, que le abre todas las puertas, como la de aquel posadero cuestionado sobre algún puesto de preceptor vacante:

LE SAGE, A.R.: Histoire de Gil Blas, t. I, Haener, Nancy, 1837, p. 95.

Muchos hay me respondió; y habiéndole yo dicho estar graduado de bachiller por Salamanca, exclamó: no es menester otro elogio³⁶.

A la par que Lesage hacía del bachiller de Salamanca figura esencial en su novelística, no gozaba del mismo favor la ciudad del Tormes en las relaciones que de sus periplos por España dejaron los numerosos viajeros franceses que visitaron la Península en la primera mitad del siglo XVIII. Así, el célebre viaje del padre Labat se limita a Cádiz y Sevilla; el de Saint-Simon, con motivo de la embajada para pedir la mano de la infanta María Teresa, recogido en sus Memorias, se ciñe a Madrid, Toledo y Segovia y el de Manier, peregrino a Compostela, aunque se aparta de la ruta jacobea para acercarse a Madrid y Valladolid, no llega hasta Salamanca; tampoco se refiere a ésta Silhuette en su viaje a Francia, Italia, Portugal y España.

Sí se refiere en cambio a nuestra ciudad el anónimo viajero que, tras una supuesta visita a nuestro país, dejó su relación sobre el Estado político, histórico y moral del reino de España, cuyo objeto declara el autor en su discurso preliminar:

Hablo a las gentes instruidas que, sin salir de su gabinete quieren volver a tener a Europa en particular España ante sus ojos, conocerla, no tal como era hace doscientos años, sino tal como es actualmente en sus relaciones y en sus costumbres; no quiero ahogar las reflexiones bajo los detalles, mi plan es hacer memorias para servir a la historia de la filosofía y de la política⁵¹.

Confiaba el autor en que su obra sería leída en España si algunos ejemplares escapan al furor de los frailes, pero al parecer no fue así, sino que permaneció ignorada hasta que J. Thernard rescató el manuscrito de la biblioteca Mazarino para publicarlo, en 1914, en la Revue Hispanique.

En cuanto a las referencias a Salamanca, parcas son y poco halagüeñas, sobre todo, ya que al hablar de los habitantes del reino de León cita el autor el siguiente proverbio: Ni buen zapato de Valderas, ni buen amigo de Salamanca. Al mismo tiempo, señala la debilidad de las defen-

³⁶ LE SAGE, A.R.: El Bachiller de Salamanca, trad. esp. de E. Aldebert, Biblioteca enciclopédica, Madrid, 1845, p.

sas de la región ante una posible incursión portuguesa, subravando la vulnerabilidad de Ciudad Rodrigo, una de las guarniciones del lado de Portugal y la llave del país. Recibiendo el calificativo de Gran ciudad cabría esperar una descripción un tanto pormenorizada de las particularidades de Salamanca, pero sólo la encontramos citada como lugar de peregrinación al Cristo de las Batallas y famosa por su universidad, que, para el autor, no produce más que teólogos tomistas y filósofos aristotélicos38. Esta matización, que alcanza un tono más peyorativo en el capítulo dedicado a la religión, inaugura una nueva visión de nuestro estudio, que, a los ojos de los ilustrados del país vecino, se apartará del clisé del estudiante pícaro, galanteador y bravucón, para vincularse a un cierto oscurantismo que trata de ser denunciado con los términos de la más feroz invectiva. Así, después de calificar a España como el imperio de los curas y de los frailes, acusa al pueblo de haber sustituido, en sus extremas credulidad e ignorancia, el fondo de la religión por las prácticas piadosas y el culto externo, que las libran, empero, de caer en las hereiías, creencias falsas y proposiciones erróneas, de las que estarían llenos los libros de Teología y las escuelas. Los pocos libros que, para el autor, se producen en España sobre materia tan sutil se hallan reservados a algunos viejos dominicos, algunos jesuitas y algunos doctores de Salamanca, cuyas luces se hallarían en proporción con las del pueblo a que predican.39.

Hereda, en cierto modo, el espíritu que animó la relación del viajero anónimo Jean François Peyron, que dió a la imprenta de Ginebra, en 1780, su *Nuevo viaje a España*, hecho en 1772 y 1773. Habría también permanecido este nuevo viaje como de autor desconocido, si el barón de Bourgoing no hubiese hecho en su propio *Viaje* referencia a los *Ensayos* de su amigo Peyrom sobre España 40, confirmando Grimm la atribución en su *Correspondencia literaria*.

Nacido en 1748, se dedicó Peyron a la diplomacia. Tras enjuiciar las obras sobre España del padre Labat, de Colmenar, de Mme. d'Aulnoy,

Ibid. p. 530.
 Ibid. p. 558.

⁴⁰ BOURĜOING, J.F.: Un paseo por España durante la Revolución francesa, in MERCADAL, III, p. 1032.

del señor de Silhouette, del padre Caymo, de Antonio Ponz y de Barretti, declara su intención de efectuar unos simples ensayos, procurando:

Presentar los objetos reales tal como los he visto, no tratando ni de despreciarlos ni de darles más brillo⁴¹.

Así, al referirse al carácter y costumbres de los españoles, no ocultará sus virtudes, sin dejar por ello de resaltar sus defectos:

No temo decir que fuera de una galbana que ha dependido hasta el presente mucho menos del clima que de las causas que están quizás a punto de desaparecer; fuera de un espíritu de venganza, cuyos efectos ya apenas se ven; salvo un orgullo nacional que bien dirigido puede producir tan grandes cosas; fuera de una ignorancia crasa que depende de la educación y cuya fuente fluye aún de ese tribunal alzado para vergüenza de la filosofía y de la inteligencia humana, no he visto en los españoles sino virtudes¹².

Se refiere Peyron, claro es al aludir a ese tribunal al de la Inquisición, del que se ocupa con detenimiento, relatando en particular el proceso de Olavide y la demanda de Macanaz a Felipe V. A propósito de éste, ya encontramos una leve alusión a Salamanca, al mencionar que el primero de los borbones, nombrando a Camargo su embajador en la Corte de Francia, le encargó, entre otras pesquisas, la de indagar sobre el tiempo que el que fuera eminente canonista y ministro plenipotenciario de España en el Congreso de Breda, pasó en la Universidad de Salamanca⁴³. Otras referencias a ésta se encuentran cuando, tratando del Consejo de Castilla, se menciona que éste es quien nombra para las cátedras o, mejor quien

instala en los cargos a aquél que ha triunfado en el concurso, y le expide los nombramientos o los títulos que le son necesarios⁴⁴.

También alude Peyron a Salamanca para señalar la celebración en su catedral de misas por el rito mozárabe y la fundación de la orden de Alcántara, antes denominada de San Julián, por dos salmantinos, don Suero y don Gómez Fernández Barrientos, en 1156.

Estos dos hermanos resolvieron armarse contra los infieles y asociar a su proyecto a algunos nobles del país. Ordoño, obispo de Salamanca, confirmó su plan, lo hizo aprobar de Alejandro III y les sometió a la regla de San Benito. No fue hasta 1219 cuando su principal casa fue trasladada a Alcántara y tomaron ese nombre⁴⁵.

⁴¹ PEYRON, I.F.: Nuevo viaje en España, in MERCADAL, III, p. 722.

⁴² Ibid. p. 877.

⁴³ Ibid. p. 897.

⁴⁴ Ibid. p. 915.

No queremos tampoco dejar de mencionar la primera referencia que hace Peyron a nuestra ciudad, cuando a su paso por Monserrat recoge la historia de los célebres ejercicios de San Ignacio, que no habrían estado inspirados por Nuestra Señora, sino leídos con atención y después copiados del libro que el abad Cisneros compuso e imprimió en 1500, con el nombre de *Ejercicios de la vida espiritual*. Dicho libro habría sido retirado de las bibliotecas por los jesuitas, así como los escritos de San Ignacio.

Habiendo hecho reimprimir la obra de Cisneros en Salamanca en 1712, los jesuitas tuvieron crédito bastante para hacerla arrebatar de casa del impresor toda la edición, y para vengarse de Navarro tuvieron el arte de ennegrecerlo en la corte y de hacerle perder un obispado⁴⁶.

Esta anécdota sería recogida también por el Señor de Lantier en su Viaje a España del caballero de San Gervasio, viaje supuestamente verificado en 1766 y dado a la imprenta en París en 1809. Es fácil, con sólo leer el prólogo, darse cuenta de las razones que moverían a Lantier a hacerse eco de la pretendida mixtificación de los Ejercicios de San Ignacio, pues justifica la excesiva libertad de las opiniones y críticas de su personaje, señalando que, siendo protestante, le sorprendían los abusos de la superstición, tantos milagros de las Vírgenes de España⁴⁷. Al mismo tiempo, disculpa la omisión de los nombres de los escritores que le sirvieron de ayuda en su viaje —lo que es evidente en la anécdota que comentamos— señalando que la intención del caballero era citarlos con sus nombres y apellidos en su segunda edición si obtiene esos honores⁴⁸.

Se sirve Lantier del ficticio oficial francés, al que califica de militar poco instruido, poco conocedor de las artes liberales, para entremezclar en sus aventuras una pintura de las supersticiones, las costumbres, de las provincias o reinos por él recorridos y recoger las anécdotas que desarrollan el carácter, el genio, los hábitos, los prejuicios de la nación española⁴⁹.

Desafortunadamente el caballero no incluye Salamanca en su periplo hispánico, pero, en cambio, son bastante las alusiones a sus universita-

⁴⁶ Ibid. p. 729.

LANTIER, E.F.: Viaje a España del Caballero San Gervasio, in MERCADAL, III, p. 1121.
 Ibid. p. 1079.

⁴⁹ Ibid. p.

rios. Ya en Perpignan, antes de emprender el viaje, cuando un inglés, su compañero de posada, traba conversación con don Pacheco Núñez, conde de Montijo, le interrogará de esta guisa:

¿Sois negociante, hombre de ley, bachiller de Salamanca?50.

Por su parte, San Gervasio, cuando pide permiso a su coronel para marchar a España en pos de la bella Serafina, la hermosa hija de don Pacheco, entablará con él el siguiente diálogo:

¿Quereis, pues —me dijo riendo—, ir a pasar algún tiempo en las cárceles del Santo oficio? Sois bijo de Calvino, alguna vez empedernido bromista, y los inquisidores no admiten las burlas.

—Adoptaré —le dije— la capa española, la gravedad de un doctor de Salamanca⁵¹.

Si gravedad es la virtud que, para el caballero francés, caracteriza a los doctores de Salamanca, grave es en verdad la apariencia del primero con que se topa, en la Biblioteca pública de Valencia, en traje negro y oculto bajo un vasto fieltro echado sobre sus ojos. Lástima que ese doctor, mientras consume su vida, estudiando las costumbres, las metamorfosis, la vida de las orugas y las mariposas —lo que para San Gervasio sería inútil a la sociedad pero no pernicioso—, descuida la educación de sus hijos, empobreciéndolos y disipando su patrimonio⁵².

A una especie bien distinta de universitario salmantino, pertenece el amigo de don Manuel, el poeta del Toboso, que acompaña a San Gervasio en buena parte de sus andanzas:

Mi amigo, que había hecho un curso de Teología en Salamanca, y que entonces hacía otro de filosofía práctica en la escuela de Baco y de Cipris, me obsequió con un vino buenísimo; y, mientras llenaba mi vaso, que se vaciaba como el tonel de las danaides, me citó, para consolar mi amor, o mejor, mi vanidad, todos los ejemplos tomados de la mitología o de la historia, de los amantes o de los esposos engañados por ese sexo⁵³.

Y el propio caballero francés fue burlado por su amada Serafina, ya que luego de correr tras ella hasta Córdoba se la encuentra casada, a

⁵⁰ Ibid. p. 1098.

⁵¹ Ibid. p. 1113.

⁵² Ibid. p. 1167.

⁵³ Ibid. p. 1289.

despecho de su padre, don Pacheco, con don Juan Alonso de la Rosa, hijo de un rico negociante de Cádiz.

El muchacho, se había valido precisamente de la famosa gravedad del graduado por Salamanca para burlar la vigilancia de la dueña a quien había encomendado el conde de Montijo el honor de su hija. Veamos la relación que del ardid hace la dueña:

al salir de la iglesia, un anciano con un joven nos ha abordado.. el anciano me ha dicho: Ese joven es mi hijo, sale de la Universidad de Salamanca, es bueno, modesto, prudente, lleno de candor; pero me disgusta mucho; animado por el espíritu de la religión, quiere entrar en la orden de los cartujos ¡Qué desgracia para un padre que no tiene más que ese hijo!; apuesto cualquier cosa a que no habla a vuestra señorita más que de su amor por Dios y los santos. Dejémosles charlar juntos un poco; qué feliz sería si la bella Serafina pudiera disuadirle y apartarle del estado monástico⁵⁴.

Tan bien debió llevar a cabo Serafina su cometido que aquel mismo día se había fugado con el muchacho. Cuando San Gervasio recibe el testimonio de la aflicción de don Pacheco, éste denuncia el papel que podría haber desempeñado en la trama el vicario de la parroquia, ya que su emisario había tratado de convencer al señor conde de la prudente resolución de su hija, ya que:

no tenemos necesidad en España de militares franceses, que vendrían a esparcir aquí simientes de incredulidad y de irreligión⁵⁵.

Este discurso es el pretexto que permite al francés lanzar sus diatribas sobre el oscurantismo hispánico, sobre los sacerdotes e inquisidores, que compara con los druidas celtas *que sacrificaban a Dios víctimas* humanas⁵⁶.

El extremo quizás de esta postura crítica hacia el fanatismo religioso la podemos, sin duda, encontrar en Voltaire que, en su *Histoire de Jenni*, pubicada en Ginebra en 1775, se vale también del viaje novelado de un joven inglés, hijo de un capellán anglicano, para insertar la controversia del sabio —el protestante indudablemente— y el fanático, bajo el título:

⁵⁴ Ibid. pp. 1231-1232.

Ibid. p. 1231.
 Ibid. p. 232.

Précis de la controverse des mais entre Mr. Freind et don Inigo y Medroso y Papalamiendo, bachelier de Salamanque⁵⁷.

La acción se desarrolla en Barcelona, donde Jenni, hijo del capellán, ha sido encarcelado por el Inquisidor don Jerónimo Bueno Caracucarador. Cuando Freind libera a Jenni y los compañeros de prisión, éstos, juzgando que la religión de los ingleses era mejor que la suya, pidieron entrar en la Iglesia anglicana; incluso algunos bachilleres de la Universidad de Salamanca... quisieron ser adoctrinados⁵⁸.

Sólo uno de éstos, el bachiller Papalamiendo, se mostró reticente; es entonces cuando se produce la confrontación con Freind en el diálogo de los *pero*, en que el bachiller, poco seguro y siempre a la defensiva, trata de refutar los argumentos del anglicano. Cuando éste arremete contra la infalibilidad del papa, don Iñigo, que no puede apoyarse en ningún texto bíblico, pues como él mismo señala *nosotros no leemos jamás la Biblia*, contesta con un descabellado discurso, digno de Fray Gerundio de Campazas:

todos los licenciados de Salamanca han demostrado que Simón Vertu-Dieu, primer brujo, consejero de Estado del emperador Nerón, envió por su perro a cumplimentar a San Simón Barjone, también llamado San Pedro⁵⁹.

Después de debatir sobre diversas cuestiones como la maternidad divina de María y el misterio de la Trinidad —donde, a la par que el bachiller acusa a Freind de no citar nunca a los santos padres, el capellán se asombra que un bachiller de Salamanca desconozca el griego— la escaramuza final se centra en el celibato del clero, a cuyo propósito el inglés endosa el siguiente discurso:

Ahora bien un Bachiller de Salamanca goza de las gracias del bautismo desde que nace, de la confirmación dede que usa pantalones; de la confesión desde que ha hecho algunas fechorías u oye las de otros...; en fin, de la extremaunción cuando está enfermo ¿Es necesario privarlo del Sacramento del matrimonio cuando se encuentra bien? sobre todo después que el mismo Dios ha casado a Adán y Eva; Adán el primer bachiller del mundo puesto que poseía la ciencia infusa, según nuestra escuela; Eva la primera bachillera puesto que palpó el árbol de la ciencia antes que su marido.

⁵⁷ VOLTAIRE: Histoire de Jenni in Zadig ou la destinée, Micromégas et autres contes, Librairie Genérale Française, París, 1983, p. 385.

Ibid. p. 394.
 Ibid. p. 396-397.

⁶⁰ Ibid. p. 403-404.

Tras este elocuente discurso, sin más peros que oponer, Papalamiendo decide abrazar la fe anglicana.

Imbuido del espíritu de la ilustración, aunque mucho más atemperado en sus juicios, se muestra, en su *Tableau de l'Espagne moderne*, el barón de Bourgoing, quien censura, por ejemplo, la mordacidad del marqués de Langle en el *Viaje de Figaro*. Y es que, como señala Ruiz Contreras, Bourgoing no fue un viajero *transeunte*, sino un afanoso *averiguador* de España, con la ventaja, sobre sus antecesores en las relaciones de viaje, de haber residido varios años y en distintas épocas en el país que describe⁶¹.

En efecto, Jean-François, barón de Bourgoing, vino a Madrid en 1777 como primer secretario de embajada, pasando después por los puestos de encargado de negocios en España y embajador, cargo en el que duró hasta 1786. En 1788 publicó en París con el título de *Nuevo viaje a España* y con la colaboración de Giraud, una *Memoria sobre el estado actual de España* que había escrito en 1779 por encargo del gobierno francés. En 1791 volvió el barón a España como ministro plenipotenciario en Madrid, coadyuvando a la caída de Floridabanca, hasta que, poco antes de declararse la guerra a la República Francesa, el 23 de febrero de 1793 tuvo que abandonar el país. Dos años después de intervenir en las negociaciones de paz en Figueras, dió a la imprenta en 1797 una nueva edición ampliada y puesta al día de su obra sobre España, a la que dió el título, ya mencionado, de *Tableau de l'Espagne moderne*, en la que concede un importante lugar a Salamanca y su provincia.

Haciendo el camino de Arévalo a Peñaranda, se lamenta el viajero del estado de pobreza en que se hallan los habitantes de aquellas tierras, lo que justifica, a su entender, la severidad con que juzgan los viajeros a los españoles:

La pereza les impone privaciones, y el hábito de las privaciones estimula en ellos, a su vez, la pereza. Y seguirán sumidos en este círculo vicioso hasta que al disponer de caminos, canales y medios de fácil transporte reconozcan las ventajas del comercio 62.

MERCADAL, III, p. 933.
 BOURGOING, Op. cit. p. 945.

Se reconcilia el barón, en gran parte, con la región al llegar a Peñaranda, *linda villa de unos mil vecinos*, donde encontró la posada más cómoda y limpia de su viaje. En cuanto a sus habitantes, agobiados por los impuestos, ganan con mucho trabajo lo indispensable para vivir. Sin embargo:

Lo cierto es que allí los labriegos disponen, al menos, de algún bienestar, porque tienen la mayor parte de las tierras en arriendo, sin otra obligación que la de entregar al propietario una cuarta parte de la cosecha, después de sufragar ellos todos los gastos del cultivo. Es consolador encontrar a estos hombres que aprovechan en beneficio propio y de la comunidad el desinterés de los propietarios⁶³.

Despues, en el camino hacia Salamanca, no puede reprimir el viajero su emoción ante la presencia de una *manada* de toros bravos, *temibles animales*, cuya docilidad en el campo provoca en Bourgoing una sentencia roussoniana:

La naturaleza ha formado muy pocos animales perversos. Algunos lo son porque les acucia la necesidad de alimentarse o defenderse ¿Esperan siempre los hombres tan poderosos motivos para tener el encarnizamiento de los toros?⁶⁴.

En cuanto a la ciudad de Salamanca, la impresión es tan negativa que, en franco contraste con el bullicio estudiantil que encontraron otros viajeros, Bourgoing llega a considerarla como una de las ciudades más tristes de Europa, con sus calles sucias, estrechas y casi deshabitadas, impresión, que se borrará, no obstante, al llegar a la Plaza, tan notable por su limpieza como por la regularidad de su arquitectura. En cambio, la catedral, pese a considerarla como uno de los edificios más notables de España, no resulta del gusto del barón, como tampoco le impresiona demasiado la Universidad, pasada de moda, pese a la última organización que le ha dado el Consejo de Castilla, pues:

cuenta con doctos profesores empeñados en perseguir hasta en sus últimos reductos la pretendida filosofía aristotélica⁶⁵.

Mayor respeto le merecen, en cambio, los Colegios Mayores, y sobre todo, el de San Bartolomé, recientemente reedificado, del que salieron sabios insignes, como el Tostado, cuya inmensa erudición y prodigiosa fecundidad son aún proverbiales⁶⁶.

⁶³ Ibid. p. 946.

⁶⁴ Ibid.

⁶⁵ Ibid.

⁶⁶ Ibid. p. 947.

De los restantes edificios, le habían sido recomendados a Bourgoing, como centros de especial atención, San Esteban, del que admiró la fachada gótica, trabajada con mucho esmero; el colegio de los jesuitas, cedido hoy a una Comunidad de canónigos regulares con el nombre de iglesia de San Marcos; y el templo de los Agustinos sic., frente al cual se yergue el palacio del duque de Alba, que provocó del barón la siguiente invectiva:

Mientras los opulentos propietarios no vivifiquen, por lo menos con su presencia, sus posesiones, de suyo excesivamente extensas, las Sociedades Patrióticas, la creación de fábricas, los estímulos para las labores de roturación, y otras acertadas disposiciones no serán más que vanos paliativos para los males que minan desde dos siglos de monarquía española. Es éste uno de los inconvenientes, y no el menor del despotismo, que se rodea y colma de favores en la Corte, a los que aislados en sus dominios podrían ser peligrosos⁶⁷.

Por último, se ocupa Bourgoing de las Batuecas, tratando con espíritu ilustrado de contribuir, como el padre Feijoo, a la desmitificación de esa comarca a la que alude Montesquieu cuando dice que *los españoles tienen en su propio reino comarcas que no conocen*⁶⁸. De hecho las Batuecas, confundidas a menudo con las Hurdes, han dado pasto frecuente a la imaginación, hasta ocupar un lugar en la historia mítica española y en la Literatura, trascendiendo, incluso, de nuestro país; baste el ejemplo de Mme. Genlis que publicará en 1816 su comedia *Les Battuécas*⁶⁹. Veamos lo que de la legendaria comarca refiere Bourgoing:

El padre Feijoo, ilustrado religioso, fue uno de los primeros en combatir con éxito tales absurdos. De sus averiguaciones y de mi viaje a las Batuecas resulta que son dos valles incultos que apenas tienen una lengua de largo, tan estrechos y herméticamente cerrados por todas partes que al sol le debe de costar trabajo alumbrarlos en invierno. Esta reducida comarca es notable por los grupos animales de todas clases que allí se cobijan. La única vivienda humana digna de mención es un convento de Carmelitas descalzos cuyas celdas están como sepultadas bajo las escarpadas rocas que las amenazan y los árboles que les dan sombra. Se daría la vuelta a Europa sin encontrar un lugar más adecuado para asilo del silencio y la paz⁷⁰.

70 BOURGOING, op. cit., p. 1017.

⁶⁷ Ibid

MONTESQUIEU: Lettres persanes, Garnier-Flammarion, París, 1964, p.
 Du Crest de Saint Aubin, S.: Les Battuecas, Maradan, 1816.

SIGLO XIX

También se refiere a las Batuecas el arqueólogo Alexandre Laborde, quien relata cómo los naturales afirmaban haber sido descubiertos por dos amantes, que huyendo de la persecución y cólera de sus parientes, buscaron asilo en los desiertos y encontraron ese país. Inaugura Laborde —que acompañó en calidad de agregado a Luciano Bonaparte en su embajada de 1800 a la Corte de Carlos IV— una nueva etapa en los viajes a España, prometiendo en ésta, una de las comarcas menos conocidas de Europa, ese viaje exótico que constituye uno de los mayores sueños del hombre romántico.

Fruto de la experiencia española de Alexandre Laborde fue, primero, el Voyage pittoresque et historique de l'Espagne, obra en cuatro volúmenes, que se comenzó a publicar en París, en 1806, por Didot l'aîne,
firmada, además de su autor principal, por una sociedad de Literatos y
Artistas de Madrid. Este primer viaje no incluye Salamanca, lo que es
muy de lamentar, ya que acompañan al texto una serie de bellas láminas
que ilustran los principales monumentos y paisajes del itinerario.

A pesar de no haber obtenido el éxito económico esperado, decidió Laborde efectuar, ampliando el itinerario, una nueva publicación, que vió la luz en París en 1808, editada por Nicolle en cinco volúmenes, con el título de Itinéraire descriptif de l'Espagne, et tableau élémentaire des différentes branches de l'administration et de l'industrie de ce royaume.

La primera edición española, en dos volúmenes, se llevó a cabo en 1815, con una traducción libre del padre Villanueva; la segunda, también en dos volúmenes, fue editada en Valencia, en 1816, por Mariano Cabrerizos y Bascuas con el título de Itinerario descriptivo de las provincias de España y sus islas y posesiones en el Mediterráneo. En ésta última, dirigida a ilustrar a los españoles con el conocimiento de lo que es España en la físico y en lo moral, se permite el editor amputar lo más jugoso, quizás; las prolixas relaciones que bace de nuestras fiestas populares, y aún religiosas, bajo el pretexto de que el autor podría haberse dejado llevar en ellas por la misma parcialidad, con que todos los viajeros franceses han querido hacer

resaltar la barbarie y poca cultura de España⁷¹. No por ello deja de agradecer a Laborde su obra, ya que, como indica al comienzo del prólogo:

Quán útil sea la empresa de los viageros que desterrándose de su patria, corren provincias apartadas, con el loable fin de ilustrar sus ánimos y de comunicar esta ilustración y provecho à sus paisanos, es una verdad conocida por todos⁷².

Agradece también Cabrerizos al insigne viajero la vindicación que en su Introducción hace al tribunal de la Inquisición del cargo que le hacen sus enemigos, quando le acusan de haber impedido el progreso de las luces⁷³.

Si en el Voyage pittoresque no incluía Laborde el Reino de León, sí lo hace en el Itinéraire, prestando atención no sólo a la ciudad de Salamanca, sino a las rutas que llevan desde ésta a Medina de Rioseco, Avila y Ciudad Rodrigo. Si de fría podía tacharse, sin ambages, la reacción de Bourgoing ante Salamanca, de entusiástica puede ser calificada la de Laborde, que ya ante la vista de la ciudad exclama emocionado:

Por escasas que sean las noticias que tenga el viajero de la literatura española, siéntese luego su imaginación movida al aspecto que ofrecen las elevadas torres, y vistosos chapiteles de esta ciudad... memorable por los grandes y eminentes sabios que ha producido... que supieron mantener con dignidad el carácter de este heroyca nación, que tiene la gloria singular de haber dictado leyes a dos mundos⁷⁴.

Aún reconociendo que las calles son algo incómodas por la desigualdad del piso, declara, en contrapartida, que la ciudad

está adornada de iglesias magníficas, edificios célebres, plazas hermosas, decoradas con copiosas fuentes, y en general de todo lo que pueda contribuir al adorno y esplendor de una ciudad opulenta⁷⁵.

Calificando a la Plaza Mayor de asombrosa por su elegante arquitectura y considerando la Catedral un monumento de arquitectura gótica de los más suntuosos de España, reconocerá en la Universidad el edificio más considerable y majestuoso de Salamanca. De ella, se entretiene La-

⁷¹ CABRERIZOS Y BASCUAS, M.: Prólogo a LABORDE, A.: Itinerario descriptivo de las provincias de España, Ildefonso Mompié, Valencia, 1816, p. XIII.

Ibid. p. VII.Ibid. p. XV.

⁷⁴ LABORDE, A.: op. cit. t. I, p. 354.

O Ibid

borde en describir la portada, el espacioso patio, las escuelas, la preciosa biblioteca, sin olvidarse de mencionar el número de profesores, que, contados los propietarios y subalternos, asciende a 80 y, por supuesto, los colegios. Entre éstos no sólo cita el de San Bartolomé, de mención obligada, sino el del Rey, olvidado por otros viajeros, pese a tratarse de un bello monumento en el que son asombrosos el patio, sus galerías, y las columnas jónicas que lo decoran⁷⁶.

También incluye el viajero en su recorrido la Catedral Vieja, con el Cristo de las Batallas y las capillas de Talavera y Santa Bárbara; los conventos de Santo Domingo, San Bernardo y San Agustín, frente al que se encuentra el palacio del Duque de Alba, que aunque abandonado en el día, no dexa de manifestar la opulencia de sus dueños; por último, la iglesia de los jesuitas de la que

un seminario de 30 plazas o colegiales eclesiásticos, ocupan parte de sus habitaciones (...), y sirven en ella a los oficios divinos los beneficiados de la real capilla de San Marcos⁷⁷.

Al final de su recorrido no dejará Laborde de citar entre los muchos sabios que han honrado esta ciudad al memorable don Diego de Torres.

De entre las villas de la provincia destacará el viajero a Alba, Piedrahita y Ciudad Rodrigo; pero para llegar a ésta, la más notable, es preciso recorrer un camino tan *detestable* como las posadas, camino que en las inmediaciones de Boadilla se hacen tan pantanoso que en el invierno hay gran peligro de perecer en los estancaderos. Más allá,

el despeñadero del Gitano es el paso más terrible y espantoso que puede verse contra el qual hace mucho tiempo que se desatan en imprecaciones los despavoridos caminantes⁷⁸.

El viajero que supera todas estas incomodidades se encuentra una ciudad casi tan poblada como Salamanca, emplazada sobre un cerro

⁷⁶ Ibid. p. 356.

⁷⁷ Ibid.

⁷⁸ Ibid. p. 359.

rodeado de una campiña fértil y deliciosa. Además de la agricultura el distrito cuenta con minas de cobre, plomo y hierro y preciosas dehesas, que mantienen mucho ganado lanar y de cerda⁷⁹.

Si la situación fronteriza de Salamanca, relativamente alejada de la corte y fuera de las rutas más transitadas, hizo que aquélla quedase al margen de los itinerarios de gran parte de los viajeros que visitaron nuestro país en los siglos XVI al XVIII, esa misma posición, de enclave entre España y Portugal, hizo de ella lugar de tránsito obligado en el transcurso de los acontecimientos políticos que conmovieron a los dos países a lo largo de los tres primeros lustros del siglo XIX.

Respecto al tema que nos ocupa, innumerables generales franceses al frente de sus divisiones pasaron por nuestra ciudad, limitándose a pernoctar o a permanecer unas pocas jornadas; otros, como los generales Leclerc, Montpetit, Marchand, Kellermann, Junot, Villatte, residieron uno o varios meses; otro tanto hicieron los mariscales Ney, Massena y Marmont. De sus actuaciones y movimientos puede obtenerse referencia a partir de nuestros propios historiadores, fundamentalmente Villar y Macías⁸⁰ y el Conde de Toreno⁸¹, que nos proporcionan una visión poco halagüeña de la conducta francesa en la Salamanca ocupada. Así, podemos leer a propósito de Ney:

Su división se distinguió tanto a la ida como ahora a la vuelta, por su crueldad e insaciable codicia; aunque en esto poca diferencia había entre unas y otras, cometiendo mil horrores en las aldeas⁸².

Más duros serán aún los términos que califican el saqueo de la ciudad por las tropas de Soult la noche de San Eugenio de 1812:

En la noche del mismo 15 entró el enemigo, entregando la ciudad a la devastación y pillage. La oscuridad de la noche añadía horror a la ferocidad, insaciable codicia y lúbrico desenfreno de la soldadesca⁸³.

⁷⁹ Ibid. p. 360.

VILLAR Y MACIAS, M.: Historia de Salamanca, libro IX, Graficesa, Salamanca, 1976.
 QUEIPO DE LLANO, J.M.: Historia del levantamiento, guerra y revolución de España, Atlas, Madrid. 1953.

VILLAR Y MACIAS, op. cit., p. 26.
 Ibid. p. 52.

Hay que tener presente a la hora de valorar los juicios de los autóctonos el tremedo dolor de una población antaño floreciente y que los horrores de la guerra habían dejado asolada. Nada mejor, al respecto, que el testimonio del insigne escritor Mesonero Romanos, hijo de un salmantino, agente de negocios del Ayuntamiento de Salamanca en la Villa y Corte, inundado en lágrimas ante el espectáculo que ofrecía nuestra ciudad un año después de aquella noche aciaga:

La verdad es que esta antiquísima y monumental ciudad había sucumbido casi en su mitad, como si un inmenso terremoto, semejante al de Lisboa a mediados del pasado siglo, la hubiese querido borrar del mapa. El sitio puesto por los ingleses antes de la batalla de Arapiles; la toma de los monasterios fortificados de San Vicente y San Cayetano, y el incendio del polvorín y la feroz revancha tomada por los franceses la noche de San Eugenio, 15 de noviembre, a su vuelta a la ciudad, fueron sucesos ocasionables de tanta ruina, y que no se borrarán jamás de la memoria de los salmantinos⁸⁴.

Afortunadamente, entre los invasores no faltaron personas cultivadas que han dejado en sus Memorias relación de aquellos momentos, que desde una distinta perspectiva contribuye, sin borrar los horrores de la guerra, a ofrecer una visión menos negra. En este sentido destaca el General Barón Thiébault que desempeñó en 1811 el Gobierno de Salamanca. Hijo de una noble familia de hombres de letras, dotado de una contradictoria personalidad, que combinaba la admiración por el XVIII agnóstico, razonador y virtuoso, y un sentimentalismo romántico, abrazó a los 23 años la carrera de las armas. Tras 50 años de servicios en el Ejercito dejó una obra escrita de más de 20 libros, que incluían no sólo unas Memorias, publicadas en 5 volúmenes in-octavo, y numerosos libros de carácter militar, sino un Recueil de Pensées y un tratado Du Chant et particulièrement de la Romance.

Cuando Thiébault vino a la ciudad en su calidad de gobernador, a primeros de Febrero de 1811, no era la primera vez que visitaba Salamanca; ya había residido en ella en 1801, cuando la expedición a Portugal en la Guerra de las Naranjas, cuyo objeto como él mismo declara en las Memorias era impresionar al gobierno portugués para que impidiese la entrada de mercancías inglesas. De hecho, como consecuencia de los

⁸⁴ Mesonero Romanos, R., cit. por VILLAR y Macias, Op. cit., p. 54.

tratados del 29 de Enero, firmado por el Ministro Cevallos y el embajador Luciano Bonaparte, y del 13 de Febrero, firmado por éste último y el Príncipe de la Paz, España declaró la guerra a Portugal el 27 del mismo mes. Thiébault, formaba parte del cuerpo del ejército del General Leclerc, esposo de Paulina Bonaparte, que al mando de 15.000 hombres iba a reforzar, constituyendo su ala derecha, el ejército de Godoy.

Nada más trasponer la frontera se siente profundamente impresionado y con la sensación de hallarse ante una raza distinta:

De ordinario uno no sabe que cambia de país sino porque lo oye decir o ve sobre los postes las armas o los colores del nuevo país, de tan similares que son a ambos lados de las fronteras, los hábitos, las costumbres, los tipos y los trajes; pero en España cada paso franqueado desarraiga⁸⁵.

A esa sensación contribuyen para él, no sólo el vestido y el idioma, sino y sobre todo, el arraigado sentimiento de nacionalidad, ligado para Thiébault al aislamiento geográfico, la ignorancia, la escasez de toda comodidad y refinamiento, la suciedad incluso, todo lo cual contrasta con el orgullo de los hidalgos. En cuanto a las poblaciones que encuentra en su camino desde Pancorbo hasta *Rodrigo*(sic) no las considera más que

grupos de barracas esparcidas a grandes distancias en las fastidiosas llanuras de Castilla o en las partes boscosas de Extremadura⁸⁶,

haciendo excepción, no obstante, de Burgos, Valladolid y Salamanca. A ésta, donde llegó el ejército de Leclerc el 1 de Mayo, no llegaría Thiébault hasta el 26 de junio, habiéndose entretenido antes en Valladolid. Allí fue hospedado el general por un canónigo de Santiago, hombre rico, muy como es debido, con un gran tren de vida⁸⁷.

Dada la premura de incorporarse al cuartel general, que a la sazón se hallaba en Ciudad Rodrigo, tuvo que limitarse en Salamanca a una pernocta, lo que le causó una gran decepción, pues había esperado disfrutar más de la ciudad:

⁸⁵ THIÉBAULT, Gral. barón: Memoires, Hachette, París, 1962, p. 173.

⁸⁷ Ibid. p. 74. Sabido es que el núcleo quizás más importante entre los afrancesados lo constituían las altas jerarquías del clero secular.

Con sus cincuenta iglesias, sus cincuenta conventos de hombres, sus cincuenta conventos de mujeres, sus cincuenta colegios, su antigua Universidad, su magnifica Catedral, su soberbio palacio Episcopal, su bellísima plaza, su puente fenicio⁸⁸.

Tampoco pudo permanecer Thiébault en Ciudad Rodrigo, ya que allí le fue confiada por Leclerc la vanguardia de su ejército, cuyos flancos, según su relato, se asentaban en el Fuerte de la Concepción —que pareció al general más una bombonera que una construcción de guerra—y la Peña de Francia. A juicio de Thiébault, la malquerencia de Leclerc fue el motivo de la supresión de la vanguardia y el traslado a una brigada de la 1.ª División, mandada por el General Monnet, uno de los hombres más ordinarios, más limitados que he conocido. Dicha división abandonó Ciudad Rodrigo el 10 de agosto para trasladarse a Salamanca.

Si en su llegada de Francia no tuvo ocasión el general de disfrutar de la ciudad, ahora se le brindó largamente la ocasión, pues prácticamente su única obligación era una jornada de maniobras a la semana. El resto del tiempo lo entretenía con la música y las bufonadas organizadas por el General La Salle, que pese a sus maneras encantadoras, era bebedor, libertino, jugador, alborotador y farsante y había fundado la sociedad de los Alterados en la que no se permitía jamás el no estar sediento. Entre las hazañas de La Salle en Salamanca, referidas por Thiébault, se contaría desde la donjuanesca seducción de la amante de un capitán de ingenieros, seguida del duelo con el amante burlado, hasta al escatológica chufla nocturna de que hizo objeto a las sirvientas que iban al caer de la noche a vaciar los orinales. Habiéndoles obstaculizado el paso un grupo de húsares, el azoramiento de las muchachas hizo entrechocar los recipientes, que quebrándose rociaron a sus portadoras con su sucio contenido.

Asimismo fue Thiébault testigo de la persecución por el populacho, a gritos de *Mata rey, mata Dios,* de Duhem, médico jefe del ejército, que había tenido una notable participación en la Convención y la ejecución de Luis XVI.

⁸⁸ Ibid. p. 180.

Interrumpió el general su estancia en nuestra ciudad para desplazarse a Madrid, donde pudo frecuentar al embajador Luciano Bonaparte y la Marquesa de Fontanar, *jeune, jolie, vive... trés gaie,* por cuya causa debió partir precipitadamente a Salamanca, bajo el pretexto del traslado del cuartel general a Valladolid.

A su regreso a Salamanca habían abandonado ésta la mayor parte de las tropas francesas, aunque quedaba la primera división de infantería, precisamente aquella a la que pertenecía Thiébault, que volvió a caer en la inactividad, entretenida por sus cartas a Paulina Ricciuli y, ausente La Salle, por las bromas de los jóvenes oficiales —como el alboroto en el teatro cuando acudieron armados de largos catalejos que dirigían sobre todas las mujeres— y sobre todo, de Richebourg, cuya mayor bufonada se produjo una noche al tomar una calavera de un osario y colocarla sobre su cabeza, con una bujía ardiendo en el interior, lo que naturalmente hizo desvanecer a una pobre criada que acudió solícita a su llamada.

Más que a un espíritu de proselitismo, atribuye Thiébault al deseo de entretener el ocio la fundación de una logia masónica por el coronel Lacuée, a la que contribuyó la división con una cincuentena de miembros. También se formó una logia de adopción para Madame Monnet y otras francesas que se hallaban en Salamanca, que fue abierta por un baile al que asistió Thiébault con su uniforme de caballero de Oriente, que él mismo describe de la manera siguiente:

yo me contaba entre el número de los caballeros de Oriente, y el gorro de plumas, el cuello abierto, con toda la barba que me había dejado crecer y la túnica blanca bordada de verde, resultaban realmente de un elegantísimo efecto⁸⁹

Pero lo más notable, para el general, fue la recepción secreta de un buen número de españoles capaces de afiliarse a una sociedad que no debía agradar a su rey ni a su clero.

La confección de los suntuosos ornamentos correría a cargo, entre exclamaciones y cruces, de tres bellas muchachas, de nombre Morales,

⁸⁹ Ibid. p. 205.

en cuya casa se hospedaba Thiébault, que, con sus compañeros, hallaba en ellas risas y esparcimiento, llegando Richebourg a jugar una noche un vodevilesco episodio, cuando creyendo tomar en sus brazos a la mayor de las muchachas se encontró con el rudo, descarnado y velludo puño del Sr. Morales — espèce de Don Quichotte — que velaba por el honor de su casa.

Pero no todo era regocijo, pues el general debía visitar en los hospitales a sus soldados que languidecían de nostalgia, rechazando incluso los remedios que se les ofrecían, haciendo elevarse la mortalidad terroríficamente.

En cambio, pudo disfrutar Thiébault de la visita de eminentes españoles, como el duque del Infantado, que vino a presenciar unas maniobras y, sobre todo, del Obispo Tavira —Le Fenelon de l'Espagne— del que se deshace en elogios y al que frecuentaría hasta el punto de cenar con él dos veces por semana. Ello contradeciría radicalmente la afirmación vertida por Hurtado⁹⁰, cuando pretendiendo defender a Tavira del cargo de afrancesado sostiene que no pudo conocer a Thiébault ya que éste no había venido a Salamanca hasta la guerra de la Independencia. De hecho, el general francés remite el proyecto de la Plaza de Anaya, que llevaría a cabo en su cargo de gobernador militar en 1811, a una de las cenas con el prelado, quien le habría manifestado su impotencia para realizar personalmente obra tan sugestiva.

Thiébault no fija el final de esta su primera estancia en Salamanca, que debió abandonar para tomar el mando de la tercera división acuartelada en Toro, donde tan sólo permaneció una decena de días antes de recibir la orden de regreso a Francia. Señala, eso sí, la crudeza de la estación, por lo que podría fijarse su partida en Diciembre de 1801, que es cuando señala Villar y Macías que la división Bonnet, dejó definitivamente Salamanca.

⁹⁰ HURTADO RODRÍGUEZ, F.: Salamanca en el siglo XVIII, Ed. Univ. Salamanca, Salamanca, 1985, p. 107. Envidentemente este autor se hace eco de Villar y Macías, que cae en el mismo error cuando se ocupa del prelado en su Historia de Salamanca, libro 8, p. 167.

También dejaría constancia en sus *Memorias* del paso por Salamanca en el curso de aquella campaña el entonces teniente Marbot, a quien 20 años más tarde el propio Napoleón incitaría a relatar la epopeya del Imperio, al incluirle entre sus legatarios tan sólo tres semanas antes de su muerte, dejándole cien mil francos con la recomendación siguiente:

Le animo a continuar escribiendo para defensa y gloria de los ejércitos de Francia y para confundir a los calumniadores y apóstatas⁹¹.

Tardaría Marbot casi treinta años en cumplir su encargo, hasta que poco antes de 1850, alcanzado el grado de teniente general y el honor de barón y par de Francia, recoge en sus memorias, apoyándose en sus carnets de notas, una viva relación, en la que no faltan el entusiasmo ni la aguda crítica de aquellos 15 años que como un torbellino envolvieron y agitaron Europa entera, desde la perspectiva de uno de sus protagonistas que los referirá con el bonheur fou que hubiera encantado a Stendhal, su contemporáneo, si hubiese alcanzado a leerlos.

El joven teniente Jean Baptiste Marbot, hijo del general Antoine Marbot, se hallaba en Rennes en 1801, adscrito al estado mayor del general Bernadotte, cuando recibió la orden de incorporarse al 25º regimiento de Cazadores que se dirigía hacia la frontera de Portugal. Hallándose convalenciente de una herida en el costado y, por tanto, incapaz de realizar el viaje a caballo, debió tomar en Nantes la diligencia, en la cual coincidió con el oficial español don Rafael de Coeli que se dirigía a Extremadura para unirse también a su regimiento. Habiendo convenido viajar juntos y no existiendo a partir de Bayona diligencia que les transportase a su destino, se vieron obligados a contratar un simón que compartieron con un matrimonio de gaditanos y un prior de benedictinos perteneciente al claustro de la Universidad de Salamanca. Pese a la incomodidad de las posadas, atestiguada por cuantos franceses recorrieron nuestro país hasta el pasado siglo, el viaje transcurrió felizmente, alegrado por los cantos del zagal y de los pasajeros, en los que no dejaba de participar el buen fraile.

⁹¹ Testament de Napoleón in MARBOT, Gral. barón de: Memoires, t. I, Mercure de France, París, 1983, p. 23.

Alcanzó Marbot al general Leclerc en Salamanca, donde permaneció por algún tiempo, ya que allí se hallaba acuartelado su regimiento. Es de suponer, aunque no da testimonio de la fecha de su llegada, que ésta se produjo antes de la de Thiébault, pues éste se encontró ya el cuartel general en Ciudad Rodrigo. Aunque Marbot es mucho más parco que Thiébault en narrar su peripecia salmantina, no deja de aludir a La Salle, entonces coronel del 10° regimiento de Húsares. Si bien trabó relación con éste, ya que inclusó llegó a adquirirle un caballo, no debió participar en sus francachelas, lo que es explicable, dada la diferencia de rango. No hace referencia Marbot al aspecto monumental de la ciudad, salvo para referirse a su hermosa Plaza, donde se alojó en casa de un profesor de la Universidad de Salamanca. Allí entretuvo su ocio en estudiar la lengua española —la plus majestuese et la plus belle de l'Europe—.

Aún dentro de su concisión, no deja de ser interesante la relación por Marbot de ésta su primera estancia salmantina, pues, pese a las declaraciones de Villar y Macías —para quien los franceses no se hicieron muy simpáticos a los salmantinos en el curso de esta expedición, por su altivo proceder, más propio de dominadores que de aliados 92—, señala la amical acogida, que hizo posible a los expedicionarios familiarizarse con las costumbres del país, contrariamente a lo que después ocurriría en el curso de la guerra de la Independencia:

Los oficiales franceses eran alojados en casa de los habitantes más ricos...se les recibía por todas partes, se les abrumaba de invitaciones⁹³.

Puede ser que esta primera acogida fuera enfriándose cuando vieran los salmantinos que, una vez firmado el tratado de paz, los franceses no abandonaban su país, situación agravada por las pesadas bromas de que ha dejado constancia Thiébault en sus *Memorias*. Aunque también para atajar esta posibilidad, señala Marbot que, tras la corta campaña de Portugal:

regresamos a España y vivimos nuevamente en nuestras encantadoras guarniciones de Zamora, Toro y Salamanca, en donde éramos siempre tan bien recibidos⁹⁴.

94 Ibid. p. 129.

VILLAR Y MACÍAS, M.: op. cit. libro 9, p. 8.
 MARBOT, op. cit. p. 128.

Pero volviendo a recuperar el hilo de la narración donde lo habíamos dejado, es decir, antes de comenzar la confrontación, las tropas francesas fueron revistadas en Salamanca por el Príncipe de la Paz, general en Jefe del ejército franco-español en aquella contienda, tras lo cual el cuerpo de ejército se puso en movimiento. Si a Thiébault su destino le llevó a Ciudad Rodrigo con la división Bonnet y después otra vez a Salamanca, a Marbot le correspondió con su regimiento desplazarse a Toro y Zamora, y desde allí, a Viseu, mientras Godoy descendía por el Tajo y penetraba en el Alentejo, concertando muy pronto un tratado de paz, de acuerdo con Luciano Bonaparte, lo que causó la indignación de Napoleón, que desde entonces se distanció de su hermano.

El 27 de octubre de 1807 Francia firma con España el tratado de Fonatainebleau, por el que se desmembra Portugal en tres reinos y en el que una cláusula secreta reconoce la libre circulación de tropas francesas por territorio español con destino a Portugal e incluso la cooperación militar española. De hecho, sin esperar a la firma del tratado, Napoleón había preparado en Gironde un Cuerpo de Ejército destinado a Portugal, a cuya cabeza pone al General Junot, oficialmente como recompensa a su labor como gobernador de París y veladamente para alejarle de Carolina Murat, de la que se ha convertido en amante. Thiébault, como jefe del Estado Mayor de Junot, parte el 3 de septiembre hacia Bayona.

Habiendo el ejército traspasado la frontera el 18 de octubre, recibe, según Thiébault, una acogida entusiástica por parte de los españoles, entusiasmo que el desdeño de Napoleón volvió en odio antes de un año⁹⁵.

El 9 de noviembre llega a Salamanca la división Delaborde, que será seguida el 13 por la división de La Roche, limitándose las tropas a pernoctar. El 12 llega el propio Junot, al que acompaña Thiébault, permaneciendo tan sólo dos días en la ciudad, donde la acogida de las damas fue aún más entusiástica que la de los varones. Si a su paso por Vitoria Thiébault debió escapar a la seducción de la Marquesa de Monte Her-

⁹⁵ THIÉBAULT, op. cit. p. 269.

moso, futura amante de José I, en Salamanca tocó el turno a Junot, que alojado en casa del Intendente General, Marqués de Layas⁹⁶, dejó prendada a la Marquesa, que le perseguirá epistolarmente en su camino hacia Lisboa, haciendo de Thiébault su intermediario⁹⁷.

En enero de 1809 un ejército francés al mando de Soult inicia una nueva campaña contra Portugal, como consecuencia de la cual habrá un incesante trasiego de tropas francesas en nuestra ciudad, iniciándose el 16 de diciembre la fortificación de los monasterios de San Vicente, la Merced y San Cayetano. Pero habiendo sido derrotado Soult y expulsado de Portugal por Wellington, el ejército de Portugal fue puesto el 17 de abril de 1810 bajo el mando de Massena. Precisamente el único de sus ayudantes de campo que conocía la península Ibérica era el entonces Jefe de Escuadrón Marbot, que fue enviado a Valladolid para allí establecer el cuartel general; hallando en ello serias dificultades, pues el general Junot, Jefe nuevamente del 8.º Cuerpo, que iba a formar parte del ejército de Massena, se negaba a ceder a éste el palacio de Carlos V, del que había hecho su residencia.

Una vez llegado Massena a Valladolid, sólo permaneció allí dos semanas, tras lo cual trasladó el cuartel general a Salamanca, a donde llegó el 27 de mayo, seguido el 28 por Junot, hospedándose en el Colegio de San Bartolomé. Marbot, según su declaración, se hospedaría en casa del Conde de Moctezuma.

descendiente directo del último emperador de México, cuya familia había enviado Hernán Cortés a España, donde se había perpetuado entroncando con varias familias de la alta nobleza98.

Según Marbot, Massena debió esperar en Salamanca tres semanas al

Se trata indudablmente del Marqués don Antonio de Zayas, gobernador político y militar de Salamanca desde 1804 a 1808.

⁹⁷ En el curso de esta campaña Junot tomó Lisboa, pero tras la capitulación de Bailén, los españoles de su ejército se sublevan, al tiempo que un ejército inglés desembarca en la desembocadura del Mondego. Así el 30 de agosto de 1808, Junot con sus tropas debe ser repatriado.

MARBOT, Gral. barón de: Memorias. Campañas de Napoleón en la Península Ibérica. Castalia, Madrid, 1965, p. 137. Suponemos que se refiere Marbot al palacio de San Boal, propiedad de los descendientes de Doña María Manuela de Moztezuma, marquesa de Cerralbo y Almarza.

General Reynier que mandaba el IIº cuerpo del Ejército, dirigiéndose después a Ciudad Rodrigo⁹⁹.

Mientras Junot cubre las operaciones contra Wellington en Almeida, Ney sitia Miróbriga, que para Marbot sólo merece la consideración de

plaza fuete de tercer orden si se considera exclusivamente el valor de sus fortificaciones, pero que adquiere gran importancia dada su situación entre España y Portugal, en una región desprovista de caminos y de muy difícil acceso 100.

Después de rendirse Ciudad Rodrigo, el 10 de julio, Marbot cae gravemente enfermo como consecuencia de diversas vicisitudes: Fiebres contraídas al pernoctar en un antiguo establo, remojón en el Agueda al llevar a Ney un despacho de Massena, rescate de éste a hombros cuando es alcanzado por un proyectil en el curso de un reconocimiento. Esa es la razón, sin duda que le impide volver con Massena a Salamanca, donde el Mariscal permanece desde el 13 de julio al 17, en que sale para Almeida que será tomada el 28 de agosto. Puesto que la explosión de un polvorín dos días antes, había derruido gran parte de la ciudad, Massena tuvo que trasladar el cuartel general al Fuerte de la Concepció, donde acabó Marbot de reponerse y desde donde se planeó la campaña de Lisboa.

Ante la imposibilidad de traspasar la fortificación de Torres-Vedras, debido en gran parte a las disensiones de sus propios generales, el ejército de Portugal debe replegarse, entrando en España el 1 de abril de 1811.

El cuartel general se estableció el 9 de abril en Salamanca, a la que había llegado Ney el 28 de marzo, depuesto de su cargo al frente del 6º Cuerpo de Ejército por insubordinación y Junot el día 7. Marbot aprovecha su estancia en la ciudad para reponerse de una herida recibida en Miranda do Corvo, pese a lo cual debe, a rienda suelta, llevar un despacho a Valladolid, al cuartel general de Bessières, solicitando su apoyo para acudir en socorro de Almeida que, asediada por los ingleses, se halla en trance desesperado.

Para Villar y Macías este intervalo fue de cuatro semanas, ya que Massena, acompañado de Junot, abandonó Salamanca el 24 de junio, para dirigirse a Ciudad Rodrigo, donde ya se encontraba Ney. (VILLAR Y MACÍAS: libro 8, p. 137).
 MARBOT: Memorias, p. 137.

Si Marbot debió prestarse, pese a su herida, a cumplir tal misión fue para tratar de congraciarse con Massena. La indignación del mariscal provenía de un hecho acaecido en Salamanca y del que Marbot fue testigo. El protagonista fue el conde Ligniville, cuarto ayudante de campo y caballerizo mayor de Massena, que se negó a exigir a la ciudad, por considerarlo una exacción, una elevada suma de dinero que requería el esquilado de treinta mulos que transportaban los bagajes del Cuartel General. Como consecuencia, Ligniville dimitió de su cargo para volver al 13º Regimiento de Dragones, al que pertenecía, siendo acompañado y despedido coordialmente por todos los oficiales del estado mayor, despedida de la que el mariscal culpó a Marbot, a la sazón primer ayudante de campo.

En espera de los refuerzos, Massena concentra su ejército, el 26 de abril, en Ciudad Rodrigo. Pero una serie de errores, a los que venía nuevamente a sumarse el desacuerdo entre los generales, hicieron obligada la retirada hacia Ciudad Rodrigo, el día 6 de mayo, y el 10 pudo evadirse la guarnición de Almeida, demoliendo la plaza fuerte.

Mientras Massena trataba de reorganizar el ejército en los cuarteles de refresco, el Mariscal Marmont, que había llegado el día 4 a Salamanca, se presentó primero como el sucesor de Ney en el mando del 6º Cuerpo, pero algunos días después exhibió el nombramiento como Generalísimo y la orden que llamaba a Massena a París. Marbot, como los demás ayudantes de campo, recibió la orden de incoporarse al Estado Mayor de Marmont, pero como éste tenía su propio Estado Mayor al completo, no le encomendó ninguna función, lo que aprovechó el barón para permanecer 20 días en Salamanca redactando las notas que servirán de base para confeccionar sus memorias. Luego recibió permiso para volver a París, lo que hizo en compañía de un destacamento de granaderos que iban a engrosar la Guardia, circunstancia que también aprovecharon Junot y la duquesa de Abrantes para volver escoltados. Por su parte, Marmont partió el día 1 de junio con el ejército hacia Extremadura.

Mientras Marbot corría la suerte de Massena, Thiébault, situado por Bessières al frente de las *provincias* de Toro, Zamora, Almeida, Ciudad Rodrigo y Salamanca, llega a ésta a comienzos de febrero de 1811, para ocupar el 7º Gobierno de España.

En esta tercera estancia salmantina, que se prolongaría hasta finales de enero de 1812, Thiébault tuvo la ocasión de disfrutar de la compañía de la duquesa de Abrantes, que a causa de un enredo amoroso, se había visto obligada a seguir a Junot hasta Ciudad Rodrigo. El alumbramiento de un hijo le hizo permanecer allí, hasta que su estado le permitió trasladarse a Salamanca, poco después de la llegada de Thiébault, que tuvo que enviarle una escolta a Matilla, enterado de que en sus montes se proponía don Julián el *Charro* raptar a la duquesa. Mujer distinguida, brillante e instruida, mantuvo ésta en Salamanca un salón que, al decir de Thiébault, era:

uno de los primeros salones de París transportado en medio de una población que parecía pertenecer a los tiempos remotos 101.

En él se ocupaban las veladas por la música, el ajedrez, la lectura de las cartas y diarios de París, las noticias de España y Portugal y las charlas. Además de Thiébault, que no sólo jugaba al ajedrez con la duquesa, sino que la acompañaba todas las mañanas en su paseo a caballo, frecuentaban el salón, la esposa del General Thomières, que había acompañado a Laura Junot desde Ciudad Rodrigo, el portugués marques de Valença, Monsieur Luuyt que debía ocupar el ministerio de Marina cuando los franceses tomasen Lisboa, pero que había sido víctima de la epidemia en Ciudad Rodrigo, algunos generales y coroneles franceses, el prefecto de Salamanca y uno o dos españoles. Entre los franceses, se contaba el general Fournier, que cantaba con voz estentórea acompañado por el marqués de Valença. Imperioso, violento, extravagante y altivo, Fournier, había sido apodado el *Demonio*, a lo que no era ajena la farsa que montó en la catedral un día de Fiesta solemne. Así, refiere Thiébault la hazaña:

Resplandeciente y de gran gala, se presentó a la hora de las vísperas en la Catedral, tomó en la puerta agua bendita, se santiguó, siguió por medio de la nave a pasos lentos y, sin mirar a nadie, se detuvo en medio del crucero; allí, tras haberse arrodillado un momento y haberse incorporado, sin libro, tan seguro de las notas como de la letra, con una voz estentórea hasta el punto de hacer

¹⁰¹ THIÉBAULT: op. cit. p. 349.

temblar las vidrieras, inperturbable además en despecho del asombro de los sacerdotes y de todos los asistentes, se puso a cantar el oficio, y sin hacer un movimiento, lo cantó entero 102.

En lo que se refiere a mujeres, éstas estaban siempre expuestas a sus calumnias y ultrajes. Así, la propia duquesa, que lo había recibido, a juicio de Thièbault, quizás con demasiado *abandono*,tuvo que ser víctima de su perfidia, ya que Fournier se jactaba, públicamente y sin fundamento, de ser el amante de la duquesa y, a la vez, de Mme. de Thomières.

Otro galán que apareció un día en el salón de Abrantes para constituir, al decir de Thièbault, la pieza más divertida de nuestro carnaval fue Jules de Canouville, ayudante de campo de Berthier, portador de un despacho para Massena, que le había sido confiado para alejarle de Paulina Borghesse, de quien se había convertido en amante. Queriendo apresurar su regreso, había cabalgado desaforadamente. Tras narrar a todos su aventura, compartió la habitación de Thièbault, quien le aseguró que el acceso a Portugal era impracticable, por lo que Canouville, dejando sus despachos al gobernador, partió otra vez, locamente, hacia París, pues para él una hora pasada en París valía una vida entera 103. Naturalmente, tres semanas después, Salamanca le vió volver para recuperar sus despachos, que, al final y según cuenta Marbot, dejaría en Ciudad Rodrigo, recibiéndolos Massena, con dos meses de retraso, cuando ya se hallaba de retirada.

Sin duda, la obra que ha vinculado más la memoria de Thièbault a la historia de Salamanca fue la formación de la plaza de Anaya, proyecto forjado, como sabemos, en su primera estancia salmantina. A tal efecto, el 14 de marzo de 1811, mandó desalojar las casas de la manzana que se alzaba frente al colegio de San Bartolomé y enseguida comenzó la demolición, que concluyó en Julio, resultando de ello la plaza, calificada por Villar y Macías de verdadera mejora urbana, aunque fuera llevada a cabo sin indemnización del cabildo, propietario de las casas. Proyectaba también otras reformas, como la apertura de una calle que pusiese en recta comunicación la Universidad y San Esteban, así como otra que

Ibid., p. 351.
 Ibid., p. 358.

sirviese al objeto entre el puente y la calle de Libreros, pero no le dió tiempo a ejecutar dichos proyectos, pese a lo cual Fernando Araujo exalta la obra de Thièbault como Gobernador de Salamanca calificándole de

hombre de apreciables prendas, sinceramente interesado por el bien de Salamanca y con excelentes dotes de carácter e inteligencia¹⁰⁴.

También ocupan un importante capítulo las relaciones del general francés con la Universidad de Salamanca, sobre la que publicó un amplio informe, que incluía un nuevo plan de estudios, y de la que fue nombrado doctor, circunstancia de la que se ha ocupado con detalle Amador y Carrandi 105.

Pero Thièbault es sustituido por otro Gobernador que como primera medida suspende las obras de la plaza de Anaya para intensificar las obras de defensa y fortificación, siendo derruidos entre Marzo y Junio, entre otros edificios, el hospicio recién construido, el colegio de los Angeles, los restos del antiguo Alcázar, los colegios del Rey y de Cuenca, Trilingüe y Oviedo, los conventos de San Agustín y la Merced Calzada.

En cuanto a Marmont, abandona varias veces la ciudad, intentando recuperar Ciudad Rodrigo, que había sido tomada por Wellington el 19 de Enero, y Almeida infructuosamente. Por fin, el 16 de Junio debe salir precipitadamente hacia Toro, dejando sólo una guarnición de 800 hombres en los fuertes, y el 17 entra Wellington en la ciudad. Pero el 20 aparece de nuevo Marmont por el Norte, que no puede evitar la rendición de los fuertes, que tiene lugar el 27 de Junio, aconteciendo nueve días después la pavorosa explosión del polvorín que deja la ciudad en el calamitoso estado en que la encontró Mesonero Romanos.

El 21 de Junio, Marmont y Bonnet presentan batalla en los Arapiles y aunque al principio cobran ventaja sobre el ejército de Wellington, éste obtendrá el 22 la victoria que le dejará franco el paso hacia Madrid. Pero el rey José, que se había refugiado en Valencia, puede entrar de nuevo en la capital de España el día 3 de Noviembre, saliendo el 7 hacia Castilla y empujando a Wellington hacia Ciudad Rodrigo. Así, entra

ARAUJO, F.: La Reina del Tormes, Caja de Ahorros de Salamanca, Salamanca, p. 107.
 AMADOR Y CARRANDI, F.: La Universidad de Salamanca en la guerra de la Independencia,
 Manuel Criado, Salamanca, 1916.

Soult en Salamanca la noche de San Eugenio, teniendo lugar el lamentable saqueo para salir tras el ejército aliado al día siguiente, cuando hace su entrada en la ciudad José I, que permanece en Salamanca una semana, alojándose en el palacio de Almarza¹⁰⁶.

Con las fuerzas de Soult llegaba a Salamanca en 1812 Sebastien Blaze, boticario del ejército que ha dejado un interesante libro de Memorias sobre la guerra de España 107. Adscrito en Enero de 1812 al 2.º Cuerpo de Observación de la Gironde, parte hacia España el 25, para unirse a su regimiento en Valladolid, el 8 de Febrero. Desde allí sale el 17 hacia el cuartel general, emplazado en Aranjuez, desde donde será testigo del célebre Motin, así como de los sucesos del 2 de Mayo. Cuando Madrid es evacuada por los franceses, tras la capitulación de Bailén, Blaze debe permanecer junto a los heridos, siendo apresado y conducido, tras un largo periplo, a los pontones de Cádiz. Habiendo llegado allí el 15 de Febrero de 1809, logra evadirse el 26 de Mayo, permaneciendo en Andalucía, que calificará de paraíso terrestre, hasta el 16 de Septiembre de 1812, en que sale de Granada para dirigirse a Yecla, Albacete y Aranjuez. A ésta llega el 29 de Octubre, para no permanecer más que seis días, dirigiéndose luego por Arévalo y Peñaranda hacia Alba de Tormes, en la que acampa tres días, alimentándose de bellotas comme l'Enfant Prodigue. La noche de San Eugenio le encuentra a dos leguas de Salamanca, entre la lluvia, la nieve y el barro, lo que le salva de participar en tan vergonzosos acontecimientos. Al día siguiente:

El 16 me dió un vuelco el estómago ante el aspecto de los campanarios de ésta ciudad, yo me alimentaba de bellotas desde hacía cinco días y esperaba hallar al menos pan en Salamanca; me equivoqué. El primer día no hubo comestibles de ningún tipo, el segundo se podían comprar bellotas a treinta centavos la libra, el tercer día por fin fue posible procurarse pan de munición al precio de veinte francos si se tenía la dicha de contar con amigos poderosos. Los ingleses al retirarse se había llevado todos los medios de subsistencia 108.

BLAZE, S.: Memoires d'un apothicaire sur la guerre d'Espagne, 2 tomos, Ladvocat, París,

Tras su salida, quedará solamente en Salamanca en 94.º Regimiento al mando del general Villatte, que derrotado el 26 de mayo de 1813, por los generales ingleses Alten y Fance, dejará Salamanca definitivamente libre de la ocupación francesa.

^{1928.} Ibid., II. pp. 308-309.

Si en cuanto a provisiones sufrió Blaze una decepción al llegar a Salamanca, no le defraudó, en absoluto, el aspecto de ésta, *une jolie ville*, de la que admiró, sobre todo, la Universidad y la Plaza Mayor, a la que califica de magnífica, no encontrando para ella mejor símil que el patio de un inmenso palacio; aventajando incluso, al Palais-Royal de París:

Las tiendas del Palacio Real de París son más ricas, sin duda, pero el conjunto y los detalles de éste edificio son inferiores a la plaza de Salamanca; es moderna, grande, cuadrada y de una elegante arquitectura¹⁰⁹.

En cuanto a la Universidad, comenta su decadencia, trayendo a colación un fragmento de Salvandy¹¹⁰ que enjuicia duramente a los estudiantes, emparentándolos con los pícaros, al ver en su deseo de graduarse tan sólo el medio

que les proporcionase el derecho de profesar un soberano desprecio por los trabajos paternos y de vivir a expensas de la fracción laboriosa de su familia¹¹¹.

Cuatro días permanecería el boticario en Salamanca, pero pese a lo breve de su estancia tuvo la ocasión de hacer un sorprendente encuentro, el de Dolores, una muchacha natural de Aranjuez, a la que había conocido en su primera estancia en dicha villa, en 1808, y cuyos cuidados en el curso de unas fiebres habían dado lugar a un comienzo de idilio, segado en su mismo nacimiento por los avatares de la guerra. La pobre muchacha había seguido hasta Salamanca a un oficial inglés que la había dejado allí, encinta, la víspera de una batalla, sin que hubiese vuelto a tener nocicias suyas. En cuanto supo del infortunio de su amiga, Blaze intercedió epistolarmente ante su tía, encomendándola, en espera de la respuesta, a una mujer en cuya casa se albergaba Dolores.

Según Blaze, no habiendo aceptado el ejército inglés batalla por la parte de Salamanca, el ejército de Soult marchó hacia Toledo, permaneciendo allí tres meses y medio en un estado de paz y de tranquilidad perfectos. Se alojaría el boticario en casa de D. Manuel Morales:

¹⁶⁹ Ibid., II. pp. 309.

¹¹⁰ SALVANDY, N.A.: Don Alonso ou l'Espagne, 5 vols., Badouin, París, 1824.

Uno de esos buenos españoles, tal como le hacen falta a los monjes del país; ignorante, crédulo, gandul, supersticioso en extremo¹¹².

Con él vivía su hijo Basilio, antiguo estudiante de Salamanca, que había colgado la ropa talar en aras del Amor, un gran maestro, más hábil que todos los profesores de Salamanca.

La verdad es que Basilio no sentía ninguna inclinación por los estudios eclesiásticos, a los que había sido destino por su padre, que era:

uno de esos burgueses como se ven tantos en España, que no teniendo más que unas escasas rentas se imponen toda suerte de privaciones a fin de poder vivir sin hacer nada, ventaja que cada cual ambiciona en España¹¹³.

De hecho todo el pecunio de don Manuel provenía de las capellanías que le había dejado en herencia un tío suyo, a condición de que uno de sus hijos recibiese las órdenes. En consecuencia, Basilio, débil de carácter había marchado a Salamanca con el fin de aprender lo que se enseña en los colegios españoles:

leer, escribir, un poco de latín, y aquello que puede llamarse filosofía en un país donde la Inquisición quema a los filósofos y a sus libros¹¹⁴.

Pero Basilio amaba a su prima Pepita y cuando se aproximaba el momento de comprometerse en el estado que le separaría para siempre de su amada, atrapado entre las seducciones de ésta y el temor de desobedecer a su padre, dejando en la ruina a su familia, después de intercambiar con Pepita una promesa de matrimonio, escrita y firmada, volvió a incorporarse al estudio salmantino,

con su asiduidad acostumbrada, es decir, con toda la flema y la languidez de un español, y de un español enamorado¹¹⁵.

Al fin llegó el día en que, no viendo más salvación que la huida, Basilio escapó de Salamanca para hacer en Toledo bendecir su matrimonio en secreto, no dejando a su padre sino la facultad de perdonar, a pesar de que el himeneo se llevaba todos sus recursos. Afortunadamente don Manuel supo encontrar una salida, pues, viudo hacía tiempo, se

¹¹² BLAZE, op. cit., II. p. 325.

Ibid., II. p. 320.Ibid., II. p. 321.

¹¹⁵ Ibid., II. p. 323.

apresuró a desposar a una mujer con la que venía manteniendo relaciones y que, venturosamente, llevaba en su seno un hijo que, naturalmente destinado al estado eclesiástico, debería sacar a la familia de la indigencia, dando de nuevo comienzo a la historia.

De Toledo partiría Blaze el 26 de Marzo, para dirigirse a Madrid y, de allí a Toro, a Burgos —donde contemplaría el monumento que erigió Thièbault a la gloria del Cid y de Jimena— y a Vitoria. De allí, tras la batalla del 21 de Junio, que daría fin a la dominación francesa, volvió a Francia, acompañado de un canónigo de Sevilla, que iba a juntarse con tantos de su mismo estado que se vieron obligados al destierro.

* * * *

Persiguiendo la imagen que de Salamanca, a través de los siglos, hubiera podido formarse el lector galo, hemos recorrido, desde una perspectiva integradora, las tres principales fuentes que pudieran servir a tal cometido, a saber: las relaciones de viaje, las memorias y las obras de creación literaria, que, siendo en parte consecuencia de aquellas, son a menudo las que contribuyen en mayor proporción a fijar una imagen, cuando no un estereotipo.

Hemos podido observar, así, cómo dada su posición fronteriza, al margen de las rutas más transitadas, no es Salamanca lugar común, como Barcelona, Madrid o Sevilla, en las relaciones de los viajeros. Esta falta de accesibilidad se ve compensada, no obstante, por la irradiación que para la ciudad suponen sus estudiantes y bachilleres que van propagando el nombre de Salamanca. De hecho, es la Universidad el tema que con mayor constancia aparece en los relatos, como prototipo de universalidad en el saber y en sus gentes, sin olvidarse de la magnanimidad de sus fueros, que contribuyen a la conformación no sólo del arquetipo de doctor o el bachiller erudito y grave, sino de otro, radicalmente opuesto, de estudiante alegre, galanteador, bravucón y pendenciero, que alcanzará su mayor fortuna en la comedia de enredo. Pero paulatinamente y, sobre todo, por influjo de la Ilustración, la imagen de la Universidad salmanticense irá vinculándose a una idea de inmovilismo

e irracionalidad que contribuirá notablemente a su menoscabo y que ayuda a comprender la actitud reformadora que moverá a Thièbault en el siglo siguiente.

En cuanto a las Memorias de la guerra de la Independencia, no nos informan demasiado acerca de la sociedad salmantina del siglo XIX, pero completan desde una perspectiva diferente, el cuadro que nos han brindado nuestros historiadores. A partir de ellas, es muy fácil comprender cómo la postura arrogante, las mortificantes burlas de algunos oficiales pudieron dar al traste con las indudables buenas intenciones de otros tantos.

Finalmente, por lo que se refiere a monumentalidad, es quizás la Plaza Mayor la que ha despertado mayor admiración en los viajeros. De entre los restantes monumentos, cabe destacar algunos hoy desaparecidos, como el Colegio del Rey o el Monasterio de San Bernardo, cuya reiterada y admirativa alusión nos mueven a valorar aún más nuestra gloria pasada.